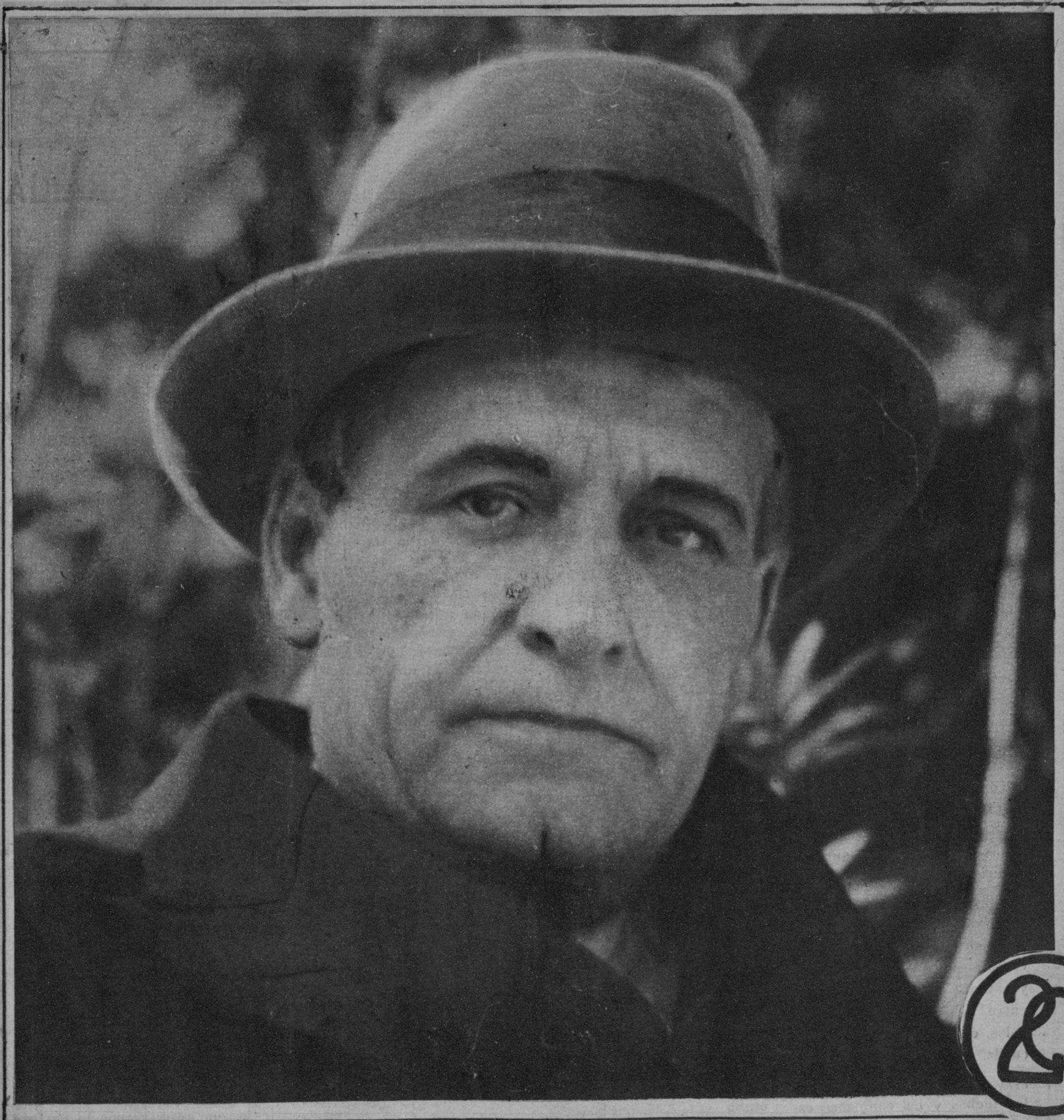


la calle

REVISTA
GRÁFICA
DE
IZQUIERDAS



DON JOSE ORTEGA Y GASSET

Al iniciarse en las Constituyentes el debate acerca del Estatuto Catalán, el ilustre ensayista y filósofo, diputado del grupo parlamentario «Al Servicio de la República», ha pronunciado un discurso, que constituye la más considerable aportación realizada hasta el momento a aquellas interesantísimas deliberaciones.



la calle

REVISTA GRAFICA DE IZQUIERDAS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Plaza de Cataluña, 9. :-: Tel. 14.160

Talleres: Pasaje de la Merced, 8
Teléfono 31.518

Suscripción. Provincias, 2'50 trimestre

LA SEMANA POLITICA

EL ESTATUTO DE CATALUÑA Y LA REFORMA AGRARIA

CONTINUAN en el primer plano de la política española, las discusiones, los comentarios, las conjeturas y las más vivas zalagardas alrededor del Estatuto de Cataluña. En el Parlamento, pronunciaron dos notables discursos los señores Ortega y Gasset (don José) y Sánchez Román. Dos discursos que han sido objeto de apasionadas controversias y que todavía se esgrimen por unos y por otros, los partidarios y los contrarios de la concesión del citado Estatuto.

En Palencia se celebró una Asamblea de Municipios y entidades castellanos, en la que se combatió duramente que se atiendan las aspiraciones de los catalanes. En Valladolid, también ha habido manifestaciones tumultuosas en tal sentido, teniendo que lamentarse un muerto y varios heridos. Y en otras poblaciones de España, igualmente se ha formado cierto ambiente para congregarse todos los medios posibles a que Cataluña obtenga su autonomía.

Es deplorable lo que ocurre, porque ello significa incompreensión. Y cabía esperar, y hay que esperar todavía, que entre todos los pueblos españoles, exista la debida, la adecuada, la conveniente comprensión que evite y ahorre las luchas y las campañas estériles, y, sobre todo, las que no tienen un fundamento virtual que las justifique. Hay que tener en cuenta, que Ca-

taluña tiene perfecto derecho a la autonomía, como lo tienen del mismo modo Castilla y Aragón, Vasconia y Galicia, Andalucía y Valencia, Baleares y Canarias. Porque la autonomía de las regiones, no ha de perjudicar lo más mínimo, ni ha de restar fuerza y pujanza a la unidad de la Patria es-

pañola. Todo lo contrario. La autonomía de las regiones, robustecerá las mismas extraordinariamente, y siendo fuertes y ricas y prósperas las regiones, será más fuerte y más rica y alcanzará mayor prosperidad España.

Dificultar el desenvolvimiento regional, es dificultar, obs-

taculizar, el desenvolvimiento de España; es impedir que España tenga la fuerza y el poder que debe, que merece tener.

Está muy bien, que en las Cortes, y fuera de ellas, se debata animadamente, vivamente acerca de estos problemas tan importantes, tan capitales para el porvenir de la nación, pero procurando en todo momento, no sacar las cosas de quicio, no hacerlo en forma airada o inconveniente, no excitando las pasiones y mucho menos, llegando a términos de violencia, como ha ocurrido en varias poblaciones.

Otra de las notas que hay que consignar de la última semana, es la de haberse empezado a discutir en el Parlamento la ley de reforma agraria. Esta ley, es una de las de más trascendencia que han de aprobar las Cortes, pues ha de iniciar la transformación del agro español, y a ella, ha dedicado, el ministro de Agricultura, Industria y Comercio, don Marcelino Domingo, la atención y el estudio que merecía, teniendo en cuenta las características distintas no de cada región, ni de cada comarca, sino las de cada pueblo, para llegar a redactar un proyecto que habrán de reconocer los parlamentarios al discutirlo, que resulta todo lo perfecto y acabado posible, para enfocar la tan necesaria reforma del régimen de la tierra en nuestro país.

A LA ANTIGUA USANZA



¡Quién había de decir que el profundo y recogoyudo articulista de "A E C" había de reaccionar tan enérgicamente al golpe dado en su puerta "por el pomo de la espada" del embajador lusitano! Bien pensado, nada hay de sorprendente en el gesto del señor Salaverria. Solamente en el arca sagrada de "A B C", relicario de nuestros clásicos y calderonianos conceptos del honor, del valor, de la honradez, etc., debía hallarse quien estuviese a punto de salir de mañana, con levita abrochada y sombrero de copa, a cambiar dos balas o dos cintarazos.

Por esta vez ha quedado muy alto el honor nacional y el profesional, en el sentido periodístico hablando.

Si corrió la sangre, ha sido por esa endemoniada tendencia al papeleo que ha hecho se arreglara todo con un documento.

La fogosa acometividad del compatriota de Vasco de Gama y de Camoens se estrelló contra la reciedumbre de alma del paisano de Sebastián Elcano y de don Miguel de Unamuno

No habría, pues, nada de sorprendente en que el día martes pensado "A B C" abra una suscripción para regalarle a su cronista una rodela de honor, o una armadura milanese de viaje.

EL LICENCIADO PARDILLO

INTENSA y agitada y turbulenta y violenta vida la de Roque Barcia, en protesta continua, en perenne insumisión, en constante rebelión! ¡Vida ajetreada, atrafagada, huracanada, de vértigo, de frenesí!

¿Era Barcia un inadaptado, un exaltado, un insensato, un loco?

«Aquí es loco el que ama al pobre y al ignorante—decía en «El Jurado Federal», el federal que hasta con los federales se enemistó—. Aquí es loco el que no quiere ser embajador. Aquí es loco el que no quiere ser magnate de corte...»

No; Barcia no había perdido su eje: pero daba frecuentemente saltos en la sombra. Se enfurecía, se encrespaba a menudo; y apostrofaba y maldecía; pero en el fondo era, como el Rey Kiri barojiano, un hombre sensible, un sentimental...

—0—

Sigamos a este gran inquieto en su andorreo por los caminos del mundo.

En 1848, hambriento de ciencia, permanece horas y horas en las mejores bibliotecas de París. Y luego, escribe.

En 1849, devorado por el ansia, inquiere, investiga, examina en las bibliotecas de Londres... Y continúa escribiendo.

En 1850, deseoso de conocer más, de hacer más, revuelve gruesos volúmenes en Italia... Y sigue escribiendo.

¡Diez años consagrados a dar cima a una empresa, la de fijar en su obra «El progreso y el cristianismo», el producto de un estudio largo y laborioso! ¿Y para qué? Para que la lectura de esta obra sea prohibida; para que las páginas apasionadamente escritas por Barcia, sean públicamente execradas y quemadas. Como los dos folletos «La cuestión pontificia» y «La verdad social», escritos posteriormente. Como sus otras dos producciones «Las armonías celestiales» y «El Nuevo pensamiento de la nación».

La pazguatería imperante, detesta, aborrece, odia a Roque Barcia. Los obispos le excomulgan. Y Barcia escribe en Cádiz, donde dirige «El democrata andaluz», un folleto en que se mofa de los mitrados y de su estólida grey. Este folleto lleva por título «Teoría del infierno».

La formidable insurrección de la Artillería, el 22 de junio del 66, sorprende a Barcia en la isla Cristina. No obstante, las autoridades ordenan prenderle; pero Barcia logra escapar y se refugia en Portugal.

Y es en Portugal donde se le encierra dos veces en los «portones».

Y es en Portugal donde escribe, como presidente de la Junta revolucionaria de emigrados españoles, encendidas

Figuras de otros tiempos **ROQUE BARCIA**



proclamas que contribuyen poderosamente al éxito del movimiento revolucionario del 68.

Burlando la vigilancia de las autoridades lusitanas, Barcia se traslada a Cádiz y asiste al pronunciamiento de la Marina. Y, después de la batalla de Alcolea, trasládase a Madrid.

Escribe «El Evangelio del Pueblo». Se le elige diputado de las Constituyentes. Ocupa un escaño en la extrema izquierda de la Cámara y declárase federal intransigente y no menos intransigente demagogo...

La tragedia de la calle del Turco, el 30 de diciembre, tiene en Barcia una deplorable repercusión. Alguien encuentra sobre la nieve un papel de solfa dirigido malignamente a Barcia, y se le reduce a prisión, como complicado en el asesinato de Prim.

En vano protesta desde su calabozo, el vilmente acusado: «En el abominable asesinato de don Juan Prim—dice en carta dirigida a las Cortes—en esa malvada alevosía, tengo la misma parte que la desolada viuda del general. Cuando un padre habla en nombre de sus hijos, no miente».

Y mientras Barcia, en la cárcel, se indigna, se enfurece, e impreca y jura y blasfema, sus enemigos los monstruos de la reacción, se refocilan...

—0—

La historia política de este hombre disconforme siempre,

hiperestesiado siempre, es un constante, un abrumador, un infinito pesar.

La vida para él carece de goces. Por doquier la ingratitude, la zozobra, la angustia, el sufrimiento, el dolor...

Se le persigue en tiempos de Isabel II.

Se le vigila en los primeros años de la revolución.

Se le acosa durante el reinado de Amadeo...

Ni aun con la República goza Barcia de paz.

¿Por no saber adaptarse al medio? ¿Por algo fatal que sobre él pesa desde sus años mozos? ¿Por su obstinación en descubrir un mundo nuevo, el «germen nuevo» del mundo por él soñado?... ¿Por su idea fija y obsesiva de hallar una «nueva naturaleza»?

«¡Es un loco!—se dice—. Pero muchos le demandan por injuria.

«¡Es un perturbador, un disociador!»—se le grita—. Pero no son pocos los que le abren las puertas de la cárcel.

Y Barcia en lucha con todos, y aun consigo mismo, se enardece, se inflama, se revuelve airado, y en un estallido de cólera, abomina de toda autoridad y aconseja a los militares la insubordinación...

«Si el nuevo ministro de la Guerra—escribe en «La Justicia Federal» a mediados de abril del 73—, si Nicolás Estébanez, si el amigo querido de muchos años es partidario de las ordenanzas de Felipe II y de Carlos III, nosotros decimos a la faz de España, de Europa, del mundo entero, que

el nuevo ministro de la Guerra es el primer insubordinado, el primer rebelde, el primer faccioso...»

Y en 18 de julio del mismo año, el día que se subleva en sentido cantonal la ciudad de Cartagena, añade: «Soldado: vive prevenido y no hagas fuego, aun cuando te lo manden tus jefes, sobre aquel que diga: Viva la República Federal».

Ocho días después cesa «La Justicia Federal» en su publicación, porque «ha pasado la hora de escribir y ha llegado la hora de hacer».

A las cuarenta y ocho horas aparece Barcia en Cartagena, formando parte del Gobierno provisional de los cantonales. Se le recibe con indescriptible entusiasmo, rayano en la locura. Se le vitorea y aclama como a la personificación del cantonalismo, «de la federación en dosis homeopáticas»... Es algo grande, conturbador, apoteósico...

Sin embargo, sobreviene lo fatal. A Barcia se le apedrea en la vía pública. A Barcia se le encarcela.

Y Barcia, en 16 de enero de 1874, declara, apesadumbrado y dolorido: «Yo no me he visto nunca tan maltratado, tan groseramente ofendido como en Cartagena»...

—0—

Todo para este hombre, verdaderamente desventurado son contratiempos, tropiezos, caídas. El infortunio le persigue, la desgracia le aprisiona, y le acorralan toda suerte de males, de rencores, de odios.

¡Sobre ser esencialmente profundamente bueno! ¡No obstante haber echado a las fieras de la incomprensión, de la cerrazón, del fanatismo, lo más florido de su espíritu y lo más puro de su corazón!

Barcia, desalentado, extenuado, con el alma en llaga viva, se refugia en Francia. Quiere olvidar los tumultos de su existencia, las tempestades que sobre su vida, dura y cruel, se desencadenaron cuando él relampagueaba de ira; borrar todo recuerdo amargo, romper con el pasado definitivamente.

Y en Francia, recobrado su equilibrio, sosegadamente, serenamente, escribe su obra cumbre, ese «Diccionario general etimológico de la Lengua española» que vosotros, jóvenes de hoy, consultáis alguna vez en la soledad de la biblioteca, sin saber, acaso, quién fue aquel hombre cuyo último suspiro se evaporó con los de muchos de sus compatriotas en el año terrible, el año en que causó estragos el cólera, el año en que fue vituperado y escarnecido un nombre glorioso: el del doctor Ferrán...

PEDRO NIMIO



PANORAMA INTERNACIONAL



EL asesinato de Takechi Inukai, primer ministro del Gobierno japonés, constituye, en estos momentos, la nota más culminante del panorama internacional. Después de la alevosa muerte de monsieur Doumer, y cuando apenas se ha repuesto uno de la sorpresa que le causara tan absurdo como inesperado acontecimiento, se recibe la noticia de la agresión de Inukai, realizada por un grupo de militares que la emprendió a tiros con él en su propio domicilio.

Si lo ocurrido con el Presidente de la República francesa no tiene explicación, tampoco tiene explicación posible que unos cuantos oficiales del Ejército y de la Marina del Japón hayan dado muerte al jefe del Gobierno de aquel país. Se habría comprendido, pero no justificado, que un súbdito chino, o que un sujeto a sueldo de los perturbadores rusos, hubiese cometido tal violencia. Pero lo que no atinará a comprender nadie es que hayan sido japoneses los autores de tan anómalo suceso.

Y lo grave del caso no es el asesinato en sí, con tener indudable gravedad. Lo grave del caso es, según las impresiones y referencias que se reciben de Tokio, el motivo, el pretexto que parece que ha inducido a cometerlo. Esto es lo que entraña un serio peligro. A esto es a lo que hay que salir al paso.

Las impresiones y referencias de que se trata vienen a decir concretamente que el crimen se ha realizado por el descontento de los elementos militares del Japón, a causa de la política de conciliación que estaba desarrollando últimamente Inukai con respecto a China. Es decir, que los militares japoneses se sienten rabiosamente imperialistas y pretenden seguir una lucha que todo el mundo condenaba y que en algunos momentos se hacía verdaderamente repugnante por las crueldades que se cometían con los chinos.

Nosotros no podemos ser sospechosos al expresarnos así, porque cuantas veces nos hemos ocupado, en las columnas

El «suceso» del Japón, puede traer graves derivaciones para la paz mundial

de LA CALLE y en otras publicaciones, del conflicto chino-japonés, tuvimos en cuenta la realidad de los hechos y las provocaciones de determinados sectores chinos y de los enviados de los soviets, por el morboso interés que tienen en que

no reine tranquilidad en ningún país del mundo, para que no se vea el ruidoso fracaso del régimen comunista ruso.

Y porque no podemos ser sospechosos es de más calidad nuestro juicio en este asunto. Y es el mismo que el hecho de

dar muerte al presidente del Consejo de ministros del Japón, oficiales de su Ejército y de su Marina, de uniforme para dar mayor significación al suceso, ha de poner en guardia a la Sociedad de Naciones, porque puede dar por resultado la continuación de las hostilidades con China. Si el prurito de los agresores y de lo que ellos representan es que no cese la guerra con China, hará falta una actitud enérgica y decidida del organismo internacional de Ginebra, para que imponga al Japón el cumplimiento de sus acuerdos, y ponga a raya a los imperealistas y a los intolerables afanes de todos ellos.

Si se toleraba que los militares del Japón se impusieran al Gobierno y al pueblo, significaría ello una seria amenaza para la paz del mundo. Y no debe consentirse semejante desatino, cuando los Gobiernos de casi todos los pueblos se reúnen en la Conferencia del Desarme, y en todas las Cancillerías se labora activamente en favor de la paz mundial.

Con motivo del suceso que comentamos ha circulado el rumor de que se había sublevado la flota japonesa. Pero, afortunadamente, no se ha confirmado. La especie, por lo tanto, es inexacta. En cambio, parece que tendrá una realidad inmediata la formación de un Gobierno de concentración nacional. Este es un buen detalle, porque supone que se pondrá freno a los desmanes de esos militares que anteponen sus conveniencias y egosmos personales a los deberes para con su Patria, prescindiendo de los compromisos internacionales de ella y del alto interés de la Humanidad.

El suceso de Tokio induce a muy concentradas consideraciones y ha de servir para que el Consejo de la Sociedad de Naciones no pierda un instante de vista los acontecimientos del Japón, porque de ellos pueden derivarse otros de enorme trascendencia para las naciones vecinas de aquella y aun para el mundo entero.

Carlos BERNAL

París y mayo, 1932.

Interesante conferencia acerca del libro

LA escritora señorita García del Río ha dado una conferencia en el Centro de Unión de Dependientes y Empleados de Comercio, acerca de "El libro y su influencia en las civilizaciones".

Seguir punto por punto las ideas de la conferenciante nos llevaría a un juicio crítico extenso (ya que extensa y compleja es la materia) que no podemos hacer con la brevedad de una reseña.

Entresacaremos, no obstante, de la disertación, algunos párrafos que serán como a modo de un botón de muestra por el que colijan nuestros lectores el positivo valor intelectual de una de las individualidades femeninas que se destacan con relieve propio en la esfera de las Letras. Dice así:

"Es el libro la imagen esplendorosa de todo lo creado; materialización del pensamiento; lámpara que ilumina los áridos caminos de la tristeza, de la nada; destello de eternidad hecho alma; carne y vida para revelar en metáforas brillantes, con hipérbolas bellas, con poesía consoladora, con realidades lacerantes, los herméticos secretos, las complicadas sutilezas, las incógnitas bondades, los vicios y los errores de la Humanidad."

"Es el libro microscopio potentísimo que abarca todas las facetas, todas las derivaciones más fútiles del análisis

y la deducción; espejo tan claro como un rayo de luna, que refleja, con fidelidad que maravilla, perfiles de sátiros y bufones, de reyes y papas, de mártires y verdugos; es cura del Arte, del refinamiento y hasta de la voluntad; consejero leal, amigo fiel; cultivador de inquietudes, de doctrinas e ideales; báculo de la ciencia y el progreso; alcázar del genio y paraíso de la inmortalidad." Y añade: "El libro tiene una historia tan brillante como el más grande de los imperios".

Tras de un magnífico análisis expositivo del libro, entra la señorita del Río en la parte histórica de él y examina la formación de los libros más antiguos de que se tiene conocimiento.

A este respecto, estudia especialmente los libros sagrados, desde los Vedas hasta el Corán; desde la Biblia hasta el Talmud; echa una ojeada a ciertos antiguos libros de carácter filosófico y moral, para deducir, con Voltaire, que toda civilización viene siempre gobernada por unos cuantos libros.

Puso término la conferenciante a su meritisima disertación diciendo: "Debemos procurar que nuestros libros sean producto del cerebro, no de la imaginación, como alta voces potentísimos que transmitan el triunfo de la Ciencia, de la Justicia, del Bien y de la Paz".

DE VIERNES A VIERNES

DESPUES DE LA CIENCIA Y DE LA FILOSOFIA INTERVENDRA LA POLITICA



JOSE ORTEGA Y GASSET

ESTAMOS por elevar un canto a nuestras mortecinas Cortes. Y no sería nada extemporáneo, puesto que en el debate sobre el Estatuto han sabido aislarse de manera que sin percibir los ruidos exteriores puedan producirse las resoluciones sin el empuje de los que por ahí vociferan atentos a la revuelta y confusión. ¡Si hubieran hecho otro tanto en muchos días que han pasado!

Las Cortes han escuchado tres discursos de ruda oposición sin gestos, con un afán infinito de acierto; ahora, cuando llegue el cuarto veremos si no rectifican esa postura inteligente y se entregan de nuevo al griterío para votar después a velocidad de meteoro, cosas de una indudable gravedad para la patria.

En este panorama tan consolador, únicamente aquellos «viejo régimen» se han colocado en mitad del arroyo para aventar la candela. Como carecen de autoridad no tiene importancia.

Sánchez Román y Ortega y Gasset, «masa encefálica» de

la República, castellanos de la Castilla que supo asomarse a tantos horizontes, han manejado la ciencia el uno y la filosofía al servicio de la razón, el otro, para orientar el debate de totalidad con aquella serena mirada que impuso Maura. Dos discursos que nadie puede tildar con desagrado porque tienden a mejorar las mutuas relaciones. Denso de pensamiento, certero, aquél; pleno de términos y frases originales, encauzador, éste. Buena semana para el republicano cien por cien, como ahora dicen los americanizados.

Hemos hablado de Maura y es preciso resaltar el claro instinto político de este hombre que valerosamente da siempre el primero un paso al frente cuando se necesita el voluntario que dispare el tiro inicial. Fui a verle el día siguiente del discurso de Sánchez Román. Me llevaba el pretexto de saber su opinión y el obscuro deseo de adentrarme en el porvenir de su brazo. Sin palabras más, así lo comprendió, y pausadamente colocó unos banderines de señales ante la ruta que en breve emprenderá el Presidente. Porque el día que hable Lerroix, en el minuto final del debut parlamentario del jefe radical, que no puede continuar silencioso si quiere conservar su popularidad casi tocada de mesianismo, Azaña ha de hacer el discurso más difícil de su corta y próspera vida pública. Y Maura me dijo a mí, porque no podía decirselo a don Manuel:

«El Gobierno se equivocará si plantea la cuestión de confianza pues aunque se le soportara, no se lo perdonaría ni el Parlamento, ni la opinión. Hay que pensar que no hay hombre insustituible y si la República no puede prescindir de uno de ellos, el que sea, y aun de determinados partidos, nada tenemos que hacer los republicanos, sino marcharnos a nuestras casas.»

La frase ha sido y será largamente comentada. Estamos en el trance más difícil, pero de ellos tiene que salir el régimen robusto de soluciones y resolución, que si no puede ser vencido en el campo por los

extremistas, ni en la ciudad por los sacristanes, mucho menos ha de dar una sensación de incapacidad en política. Claro que el Parlamento—vivero de gobernantes—tiene un defecto difícil de subsanar y que sólo se corrige con el tiempo: allí sólo hay divos y coro; la figura señera o la masa sin nombre; falta el tipo medio del que brotan los gobiernos, el hombre inteligente y hambriento de mando del que salen los futuros líderes; con treinta Martínez Barrios distribuidos en las distintas mi-

de sus actas; enemigo de los más caros proyectos, puesto que no se recata para decir que le bastarían unas horas para colocar los peones en los sitios que ellos no quieren de ninguna manera que estén. Le espera también la expectación de la calle, el empuje de los que sueñan con lo que se fué y transigen, siempre que se obre a su gusto, genticillas que un día se pondrán delante de él a dar gritos diciendo que Lerroix tampoco es el hombre, porque «su hombre» no es ya de este mundo.



Sánchez Román y otros diputados, en los pasillos

norías, seríamos capaces de reirnos del mismo demonio empeñado en enredar nuestras cosas.

Ahora vamos a esperar la intervención de la política con Lerroix y Azaña. Ambos discursos no serán, seguramente, escuchados con la calma de los que van pronunciados. A Lerroix le espera la aspereza de un amplio sector del Parlamento que ve en él un enemigo de sus avances a saltos y

Azaña ha de hablar para concretar el pensamiento del Consejo de Ministros. En sus manos hasta hoy reclas, se encuentra nada menos que el porvenir. Vive uno de esos momentos que pasan hasta a los épitomes de las escenas elementales.

Volvamos nosotros a la tribuna de la Prensa, con las orejas afiladas.

Luis de ARMISAN

RECORDATORIO

LAS VIUDAS DE LOS FERROVIARIOS HUELGUISTAS RECLAMAN SUS DERECHOS

ESTABAMOS verdaderamente consternados; no sabíamos de qué escribir esta semana, a fuerza de tener mucho sobre qué escribir. La abundancia de motivos es tan peligrosa para el articulista, por lo menos, como la absoluta penuria de ellos. Sobre todo, cuando los motivos pertenecen a la categoría de "temas delicados", como son ciertamente los que en la actualidad invaden la atención colectiva.

Salimos del café y nos encaminamos a la Redacción, a ojear la Prensa, para ver si la Prensa nos marcaba una dirección única por que encauzar nuestros pensamientos y nuestras palabras.

Y al llegar a nuestra mesa, sobre la carpeta nos esperaba un sobre pequeño. Un sobre pequeño emociona siempre; casi tanto como lo que nos asusta un sobre grande.

Abrimos el sobre. La carta, en efecto, es una carta de mujer. Leámosla.

"Estimado señor: Perdone la molestia y el atrevimiento de solicitar su apoyo. Pero recuerdo haber leído, hará ahora poco menos de un año, artículos de usted defendiéndonos, a nosotras, a las viudas de los ferroviarios seleccionados de la huelga de agosto de 1917, y este recuerdo de sus escritos me anima a rogarle que vuelva a ocuparse de nosotras. No creo necesario poner a usted en antecedentes de nuestro asunto, pues le supongo enterado.

Si puede y quiere volver a tratar de ello, se lo agradeceré de corazón, en mi nombre, en el de mis hijos y en el de todas las que, como yo, están en espera de una resolución ministerial, que tardará sin saber por qué.

Repito las gracias sinceras y quedo de usted afma. etc., etc."

He aquí—frase más, frase menos—la carta que nos esperaba sobre la mesa de la Redacción.

¿Un poco de historia?

* * *

Días después del advenimiento de la República, los hombres nuevos del nuevo régimen acometieron la noble empresa de reparar injusticias; las injusticias legadas por los viejos hombres del régimen antiguo.

Entre las víctimas de aquellas iniquidades había un nutrido número de trabajadores del carril que aún "saboreaban" la consecuencia de sus ansias de liberación, manifestadas, allá por el año de 1917, mediante una huelga que fué famosa, tristemente, trágicamente famosa.

Y entre las víctimas también, con más razón para llamarse víctimas, figuraba un no pequeño número de mujeres, casi todas madres—pues la maternidad, como es sabido, abunda más en nuestra clase obrera, en nuestra benemérita clase obrera—y viudas de otros trabajadores del carril, que, unos a consecuencia de la miseria misma en que los hundió la huelga, y otros por diversas causas, habían dejado de existir.

El problema de la reparación de esta tropelía ofrecía, pues, dos aspectos: había que atender a los ferroviarios supervivientes y había que buscar la fórmula de que no quedaran en el desamparo, en el despojo, las viudas y familias de los no supervivientes.

Pero suele ocurrir, no ya en España, sino en todo el planeta, que, a la hora de las satisfacciones, se acuerdan siempre, lo que tienen la misión de darlas, de los insatisfechos más peligrosos, que son siempre los más fuertes; unas veces más fuertes de puños, otras veces más fuertes de voz. (Porque las reivindicaciones rara vez se consiguen si no es a puñaladas y vociferando. Esto es lamentable, pero axiomático.) Y así ocurrió esta vez.

La atención de los gobernantes se fijó, ante todo, en "ellos", en los hombres. Y hubo prisa en atenderles, en salir al paso de posibles violencias. Se les reintegró en sus puestos, cerrando así el paréntesis abierto en 1917; se les compensó las pérdidas en cuanto fué factible. Y se conjuró un peligro.

Quedaba el otro aspecto del problema. Quedaban "ellas", las viudas, las mujeres. Eran menos que los hombres; estaban desorganizadas; tenían mucho que hacer en sus casas o en las casas ajenas, a donde habían de ir en busca del pan y de los zapatos de los suyos. En una palabra: no era fácil verlas un día juntas, por las calles, provistas de carteles pidiendo "Justicia" o "Pan y zapatos", ni con banderas rojas. Por tanto, no era inminente la reparación. Sin embargo, dicho sea en honor a la imparcialidad, se pensó en ellas.

Fueron objeto de convocatorias; acudieron a las oficinas a donde se las citara; se les dió una extensa nota detallando el número y clase de documentos, fes de bautismo, cédulas y otras cosas acreditativas de su situación, número de hijos, años de éstos, etc., etc.; se les dijo, de paso, que habían de gactarse equis pesetas en pólizas, legalizaciones y demás, y se les aseguró que oportunamente serían llamadas para hacer efectiva la reparación.

Pero surgió una duda terrible, una de esas dudas terribles que a veces hacen vacilar a los más fornidos estadistas.

"¿Qué vamos a hacer con estas mujeres?"... Supongamos que sus difuntos maridos no hubieran sido expulsados de las Compañías. Ahora estas mujeres estarían en el disfrute de la pensión reglamentaria. Pues, en tal caso, lo procedente, en buena lógica sería haber hecho como si, efectivamente, los esposos hubieran fallecido en servicio. Nada más fácil.

Pero como quiera que a veces es un placer convertir lo fácil en difícil, así se hizo; se complicó una cosa simple y se pensó en si sería mejor para las viudas (¿para las viudas o para las Compañías?) proceder por totalización, o sea, entregar a cada una la totalidad de los sueldos—o de un tanto por ciento sobre ellos; esto no lo recordamos bien—que habrían percibido los obreros ferroviarios desde la fecha de su fallecimiento.

Y tan pronto como se complicó la solución, tan pronto como aparecieron dos fórmulas en lugar de una, comenzó la diversidad de criterios, que es siempre el más eficiente interruptor.

Hubo unos días de duda, de "si lo haremos así, lo haremos de la otra manera" y entre dimes y diretes pasó el tiempo suficiente para que, fatigados los ánimos, se optase por una fórmula clásica que se expresa así: "Que resuelva el señor ministro del ramo".

Después, la crisis; la nueva combinación; la nueva estructura ministerial, con supresión de tal ministerio y desdoblamiento de tal otro...

Y, por fin, llegamos al primer aniversario de la República, lo dejamos atrás... Y, al entrar en la Redacción, nos encontramos con la carta de esa viuda que pide justicia, justicia material y moral; la material, que necesita para comer, y la moral, que requiere un poco de atención oficial, por su condición de víctima de la desatención oficial precisamente.

* * *

El periodista lee su carta y cumple su deber. Ahora, empleando las palabras clásicas, no tiene otro remedio que terminar así:

"Que resuelva el señor ministro del ramo."

FEIJOO Y TORRES

Advertimos una vez más a los colaboradores espontáneos que, sintiéndolo mucho, a causa del abrumador número de trabajos que se nos remiten sin haberlo solicitado, no nos es posible devolver los originales ni mantener correspondencia sobre ellos.

OPINIONES

HAY QUE AVANZAR

EL cambio de régimen en España ha impuesto la sucesividad de abordar problemas que ya existían antes de que al cambio de régimen se llegara, pero que la oposición de la monarquía y su negativa a resolverlos no hizo más que agravarlos en grado más que superlativo.

Uno de ellos, quizá el más delicado de todos, pero también el más inexcusable, es el problema religioso. A los gobernantes de la República, sea cual sea su matiz, de izquierda, derecha o centro, a todos interesa resolver este problema.

Nuestra convicción de la gravedad del problema religioso en España va más allá del límite de que sólo sea el Gobierno el llamado a resolverlo. Es de tal importancia y gravedad que no nos conformamos con que sea sólo el Gobierno quien del problema religioso se preocupe, sino que hacemos extensiva esta necesidad a todos los españoles, a toda la masa de opinión del país.

Contrariamente a lo que pudiera pensarse, no pedimos persecución contra la Iglesia ni contra sus sacerdotes ni hombres representativos. Las persecuciones, generalmente y a la larga, perjudican más, son más dañinas para quien las ordena que para quien las soporta.

La persecución magnífica. No importa que sea absurda, injustificada, innecesaria e inútil la persecución. No importa tampoco que vaya dirigida contra hombres a los cuales la mayoría de la sociedad aborrece y execra por sus ideas y acciones. Nada vale todo esto frente al hecho sentimental del dolor físico y moral que a los perseguidos se imponga. En cuanto éstos puedan hacer llegar sus lamentos a la multitud, ésta se compadece, y con la compasión nace la simpatía, y de la una y de la otra nace el perdón y, a veces, en muchísimos casos, la adhesión incondicional hacia lo que el perseguido representa.

Sin la persecución de la Roma de los Césares, al puñado de cristianos que en las catacumbas romanas se reunían para hablar de un Dios más o menos hipotético, nadie los hubiese escuchado. Mucho más que las prédicas de las multitudes ignoradas bajo la tierra escondidas contribuyó al advenimiento del cristianismo la brutalidad de los emperadores. Y lo que sucedió ayer sucede hoy y sucederá siempre. Por lo mismo, ni pedimos ni queremos recomenzar la historia de las persecuciones religiosas. Aparte que la persecución pugnaría a nuestra conciencia de hombres verdaderamente liberales.

Sin embargo, y aunque enemigos de la persecución, creemos que tampoco pueden tolerarse los atrevimientos de una parte de esta gente escudada tras el manto de una religión que explota y escarnece. Aprovechase del sentimiento y religiosidad de las gentes para ponerlas a unas frente a otras, para llegar al choque sangriento y brutal, no tiene nada que ver con el sentimiento religioso y mucho menos con la creencia que lo motiva. Y ante este caso se halla colocada hoy la opinión del país.

No citaremos casos concretos. Quédese esto para quienes quieran acumular material documental con esa intención. Hablaremos solamente del hecho difuso que por todas partes se nota.

A cualquier punto que dirijamos hoy el pensamiento y la vista nos dará al momento la impresión de cómo obran los servidores de la Iglesia. Salvando las excepciones naturales, no cesan esos hombres de azuzar, de lanzar, de oponer unos ciudadanos a otros. Con este pretexto, con el otro, con cualquiera, en cuanto pueden están provocando la guerra entre españoles, estableciendo divisiones peligrosas, ya que, originándose éstas en una cuestión de conciencia, son más agudas y más difíciles de borrar que si lo fuesen de otra naturaleza.

Todo hombre medianamente culto y medianamente liberal rechazará esta política de los dirigentes que tiene hoy la Iglesia católica en nuestro país, política, por otra parte, sui-

cida y peligrosa para la misma Iglesia; pero esto no basta ni puede satisfacer a quienes conociendo la historia sabemos adonde pueden conducir las luchas religiosas. Y no nos satisface por el carácter de persecución que ellas dan a la obra emprendida por el país en el sentido de quitar a la Iglesia privilegios que indebidamente gozaba.

¿Pero es que realmente hay persecución al obligar a la Iglesia a someterse a las leyes a que nos sometemos todos los demás? ¿No es un absurdo, una incongruencia sostener públicamente ese criterio? Naturalmente lo es. Por otra parte, ¿es justa, está fundamentada, es razonable la queja? No. La Iglesia en nuestro país, con la fenecida monarquía, gozaba privilegios que le fueron concedidos contra toda justicia y razón, contra todo derecho y lógica; y ahora ocurre, naturalmente, que al querer el nuevo régimen hacerla entrar en el marco de las leyes como nos hace entrar a los demás, la Iglesia se queja, protesta y escandaliza. ¿Es razonable su actitud? De ningún modo. Y lo es menos darle carácter de persecución a lo que en ningún caso significa otra cosa que el cumplimiento de un deber.

Además, si alguna institución o colectividad está imposibilitada de alzar su voz contra las leyes que rigen el país, es la Iglesia, puesto que ella predicó en todo tiempo y predica, o debiera predicar para ser consecuente con ella misma, la obediencia ciega a los que mandan. La sumisión absoluta a cuanto dimana del Poder, aunque sea éste el poder temporal de la tierra.

Para nosotros, el ejemplo está demasiado reciente. El período de la historia abierto en septiembre de 1923 es suficientemente aleccionador. No precisa ir más lejos ni inquirir lo precedente para convencerse.

Sin embargo, y aun dejando aparte lo que tales hechos pudiesen decirnos y ateniéndonos no más que a la razón misma de las cosas, decimos que no puede ni debe tolerarse lo que los elementos dirigentes de la Iglesia están haciendo en el país.

Captar voluntades, sojuzgar conciencias, sembrar odios y rencores entre los habitantes del país a pretexto de que se persigue a la Iglesia, es jugar con fuego, poner las manos demasiado cerca de un fuego vivo y abrasador.

Est. doble juego, maquiavelismo peligroso, tanto para sus officiantes directos como para los demás, puede encender luchas religiosas intestinas de resultados más que dudosos para los que tienen marcadísimo interés en provocarlas.

¿Que se cree la Iglesia con derechos que hoy se le merman? Reivindíquelos como lo hacemos los demás: llevando a la opinión pública el convencimiento de que ha sido expoliada. Demuéstrenos la Iglesia a todos, con razones, que han sido mermados, cercenados sus derechos, no los que gozaba, pues éstos ya hemos dicho eran injustos, y entonces la opinión se pondrá a su lado, si no totalmente, sí la mayoría. Sólo quedaremos fuera los que, alejados de toda creencia, sólo nos interesa el pleito como un caso de conciencia; pero todos los demás, que son la mayoría, estarán indefectiblemente a su lado.

Hágalo así y no provocando la lucha entre el pueblo, pues se expone a peligros que quizá la ceguera de alguno de sus dirigentes no ve con suficiente claridad.

Persecuciones religiosas, no; ni contra la Iglesia ni contra nadie; pero no olvide ésta que los tiempos cambian, y los pueblos, en su ansia de superación, no se estancan.

Hay que avanzar, pero para avanzar hay que ir destruyendo lo pasado, lo que estorba, lo que obstaculiza el avance.

Angel PESTAÑA

LA CALLE tiene confiada la correspondencia administrativa en Madrid, a la Agencia de Distribución de Libros, Diarios y Revistas
CARLOS CLIMENT CAUDET — TELEFONO 90118

APUNTES PARA LA HISTORIA

DE SAGUNTO AL 14 DE ABRIL

XIX

La conjunción republicano socialista

no de terminar con España, un fuerte y poderoso ideal que aunara toda la dispersa opinión popular, se agruparon solidificando la Conjunción republicano-socialista, cuya vida

co medio capaz de dar fin al régimen de despotismo y tiranía con que era gobernada la nación.

Tras estas manifestaciones de los conjuncionistas, los po-



LOS ACCIDENTES DEL DIA EN ESPAÑA

El rey Alfonso renuncia para siempre a la hermosa prerrogativa de los príncipes educados en la buena escuela: la del indulto, para blandir, con la mayor inhabilidad, el pesado sable de la justicia militar.. En su primer ensayo, ha recibido una herida tan profunda que difícilmente curará de ella. (Caricatura de Caronte, publicada en el «Fischetto», de Turín, correspondiente al día 16 de octubre de 1909.)

CONSUMADO el asesinato de Francisco Ferrer, se levantó toda España contra el Gobierno del señor Maura. En aldeas, villorrios, poblados, ciudades, gañanías, en cualquier lugar, en fin, en el cual vivieran no más de dos españoles, la monstruosidad llevada a cabo en Montjuich, era violenta y desfavorablemente comentada, no bastando el absolutismo del régimen a contener la indignación popular, ni las expeditas y brutales represiones del entonces Ministro de la Gobernación, señor Cierva, a aplacarla.

El Gobierno del señor Maura, acosado por la multitud y sin encontrar siquiera una razón que justificara ante los españoles la bárbara medida tomada con los revolucionarios barceloneses, tuvo que dimitir ocho días después del fusilamiento de Ferrer, o sea el 21 de octubre de 1909, en cuya fecha el seráfico don Segismundo Moret, se hizo cargo de los destinos de la nación, si bien por muy poco tiempo.

Los partidos de izquierda, decididos a levantar frente a la reacción, que llevaba caml-



Don Alejandro Lerroux dirigiendo la palabra al pueblo de Madrid pocos días después del fusilamiento de Francisco Ferrer

hasta entonces había sido tan débil, que casi pasara inadvertida.

Las tareas de propaganda de esta agrupación de los partidos de izquierda, dieron principio con un mítin grandioso celebrado en Madrid el día 22 de octubre, en el cual don Alejandro Lerroux, don Dionisio Trompeta, tío del famoso periodista republicano Luis Bello, don Alvaro Albornoz y otros oradores, tomaron parte abogando valiente y decididamente por la revolución como úni-



D. JUAN CIERVA

funesto ministro de la Gobernación que influyó decididamente para que el fusilamiento de Ferrer se llevara a efecto

cos republicanos que aun no se habían decidido a formar parte de la unión con los socialistas, acudieron presurosos a engrosar las filas de la Conjunción republicano-socialista, alcanzando ésta en poco tiempo tan grande poder como recio prestigio.

Todos los hombres, cuyo nombre era como la síntesis de la democracia española, juntos fueron al Congreso, llevados por el pueblo que al fin había encontrado en la Conjunción republicano-socialista, el ideario de sus ansias políticas.

Y desde este momento el pueblo empieza a intervenir en la vida política de España, por mediación de sus verdaderos representantes quienes, ante la estupefacción general de los partidos monárquicos, revuelven la conciencia pública y ponen a la vista del país todas las lacras del régimen monárquico, cayendo sobre los gobernantes un aluvión de acusaciones que los acreditan de falsarios, concupiscentes, traidores, exaccionistas y farsantes, ruines y peligrosos.

Toda la podredumbre del régimen monárquico fué aven-



JORNADA HISTORICA: 13 OCTUBRE DE 1909

(Tarjeta postal, dibujada por C. Julio, publicada en Bruselas.)

tada por los conjuncionistas desde sus escaños del Congreso y, tanto se rarificó la atmósfera de la política nacional, que en poco estuvo que la tempestad revolucionaria despejara el ambiente con sus rayos vindicativos y justicieros. Pero sin llegar a la revolución, tomó entonces el pueblo conciencia de que la podría llevar a efecto cuando quisiera, ya que los hombres de la Conjunción republicano-socialista le habían señalado las debilidades y culpas del enemigo contra el cual, irremisiblemente, tendría que luchar algún día, si formalmente dejaba sacudirse de sus espaldas el torpe y caduco régimen monárquico.

Destrozada por los republicanos-socialistas la falsa púrpura que cubría el cuerpo anquilosado de la monarquía, mostrándola tal y como en realidad era, sin los perifollos de sus vistosos y caros ejércitos, su escandaloso boato, visto por las multitudes con supersticioso respeto, atreviéndose el pueblo a despegar su cara del suelo y mirarla frente a frente, decidido a discutirle la soberanía que representaba y que a ningún otro poder sino al cuyo le pertenecía.

Desde entonces pueblo y monarquía empezaron a distanciarse siguiendo cada uno por camino distinto: la monarquía hacia Fontainebleau y el pueblo hacia la República.

Amadeo de la FUENTE

ACTUALIDADES

MUERTE Y RESURRECCION DEL PRESIDENTE
DOUMER

JUEVES, 12. (Es bien víspera del viernes, 13, que es una fecha dos veces agorera.) A las seis de la mañana despierta París tumultuosamente. Los trenes del «metro» se toman por asalto. Los autobuses, lo mismo. En todos los transeúntes se advierte el mal sabor de boca de un madrugón violento. Por los bulevares es muy difícil circular. Los silenciosos coches que afluyen al Panteón y a «Notre Dame» despiértanse desconcertados bajo una algarrabía de automóviles impacientes, que inquietan a todos los vecinos de aquellos rincones de pacífica tradición silenciosa.

Dos horas después—a las ocho en punto—se pone en marcha el entierro del Presidente asesinado. Sale del Elíseo precedido de ocho coches, sobre los que tiemblan las flores de tres centenares de coronas. La voz de un coronel a caballo grita, rodeada de silencio:

—¡Presenten! ¡Armm!...

Y la arena que cubre las calles del itinerario principia a rechinar bajo la pesadumbre de las carrozas, bajo el piafar nervioso de los caballos y bajo el ritmo rotundo de los soldaditos. La gran máquina se mueve.

Banderas en todas partes. Banderas con crespones. En los postes de las bocas del metro. En los quioscos de periódicos. En los balcones. En las terrazas de los cafés. Unos «camelots» venden en el Boulevard Saint-Michel tarjetas con el retrato del Presidente. Un inválido, números de «El Ancien Combatant», en el que rinde un homenaje a la vida de Doumer. Unos obreros sin trabajo alquilan sillas de madera para ponerse en pie. Las tiendas no se han abierto. Adosado a las verjas del jardín de Cluny hay un andamio elemental lleno de gente. Muchos hombres llevan escaleras de mano para situarse sobre los demás. Muchas mujeres taburetes para lo mismo. Hay sitios en que parece que la multitud ocupa una gradería.

Pero, ¡qué silencio! Es tan inverosímil que confunde, y tan profundo que se oyen las rítmicas pisadas recias de los soldados, que pasan por todas partes hacia el Panteón, después de haber cubierto un trozo de la carrera.

Detrás de la imponente muralla de este silencio tiene el desfile de hombres ilustres o representativos una solemnidad que intensifica la emoción. Una emoción apagada y recóndita que adquiere patetismo ante dos hombres de los que desfilan. Estos: El Presidente de la República elegido el jueves en Versalles, como en una capilla ardiente, y el rey de Bélgica. Los dos van solos y aislados. El Presidente de la República cubierto de palidez tan enconada que parecía, asimismo que Doumer, otro Presidente muerto. Pero con la cabeza erguida. El rey de Bélgica bajo un capote gris. Tan gris y tan identificado con el rey, que tiñe el rostro de éste, a tal punto, que se diría del mismo paño. El rey va abatido. Su vista avanza, rodando sobre la arena del suelo.

Detrás va un grupo de cuatro príncipes. Son el de Gales, un hijo del rey de Servia, el duque de Aosta y el emperador de los anamitas. Este es el único vestido de etiqueta. Este. El asiático. Los occidentales desfilan con la más

rigurosa rigidez militar y con los uniformes más suntuosos. El príncipe de Gales soporta sobre su cabeza un altísimo «kalpac» que le cubre las cejas y las mejillas.

Los cuatro príncipes parecen muy jóvenes. Significan cada uno de ellos el porvenir probable de una nación. Y también significan cuatro incertidumbres.

Silencio. Ritmo. Orden. Emoción disciplinada. Ni una sola alteración. Ni un grito. Ni un accidente. París se ha unificado para este homenaje al muerto. Las mismas participaciones tienen en él los protagonistas del desfile que los espectadores. Más aún: los hombres y las cosas. Hasta el cielo se suma a la gran marcha fúnebre y se enluta de nubes como crespones, igual que la gran puerta del palacio del Elíseo. El sol hubiese dado a la mañana una paganía inoportuna. El destino y sus realidades que dispone las cosas, muy bien determinó ensombrecer París durante el entierro. A imitación suya, los faroles encendidos en las calles del trayecto están tam-

bién velados por frágiles telas de luto.

Y a pesar de todo, Paul Doumer no era popular. Esta evidencia, que no le fué desconocida, le amargaba mucho. Esforzábale por llegar al corazón de los franceses, sin conseguirlo. ¿A qué obedeció la frialdad de sus conciudadanos? A que Paul Doumer no se cuidó de cultivar la simpatía de sus propios merecimientos si no a muy última hora. Después de elegido Presidente. Es decir, demasiado tarde.

Era injusta la actitud helada de los franceses. Paul Doumer tuvo, sin duda, un concepto y un sentido demasiado dramático de sus deberes nacionales. Desde el principio de su vida no pensó sino en ser un francés ejemplar. Y lo ha conseguido. Pero sus mismas austeridades alejaron de él la simpatía y la popularidad, cuya ausencia le hicieron un poco tristes los últimos años. Es decir, los años en que lo advirtió.

Los franceses han advertido a su vez que eran injustos. Y con el homenaje póstumo, cálido y ferviente, quisieron compensar a Doumer de muchos años de injusto desvío. Esta es la razón de la profundidad y de la amplitud del luto de Francia. Hay en él algo más que un homenaje a la muerte del jefe del Estado. Hay el deseo de pagarle todos los tributos que se le debían.

He aquí cómo sobre el cuerpo de Paul Doumer hay la realidad de una resurrección. La del afecto de Francia. De seguro que si el viejo venerable que ofreció a su país primero la vida de sus hijos y después la suya—pudiera contemplar a propia apoteosis, daría su trágica muerte por muy bien lograda.

Viernes, 13. Principian las sombras definitivas a caer sobre el recuerdo del asesinado. Se irán doblando, doblando... Pero cada vez que los franceses le recuerden, habrá otros cuatro cadáveres que las descorran como se descorren unas cortinas de una gran ventana. Estos cuatro cadáveres son los de los cuatro hijos del Presidente muerto, que le devoró la guerra.

Ceferino R. & VECILLA
París, 1932.

LOS PERJUDICADOS, por LEY



—¿Qué te preocupa?

—Nada, hombre; si no teníamos bastante con el hacer, el haber y el amar, ahora otro. Ahora el conllevar...

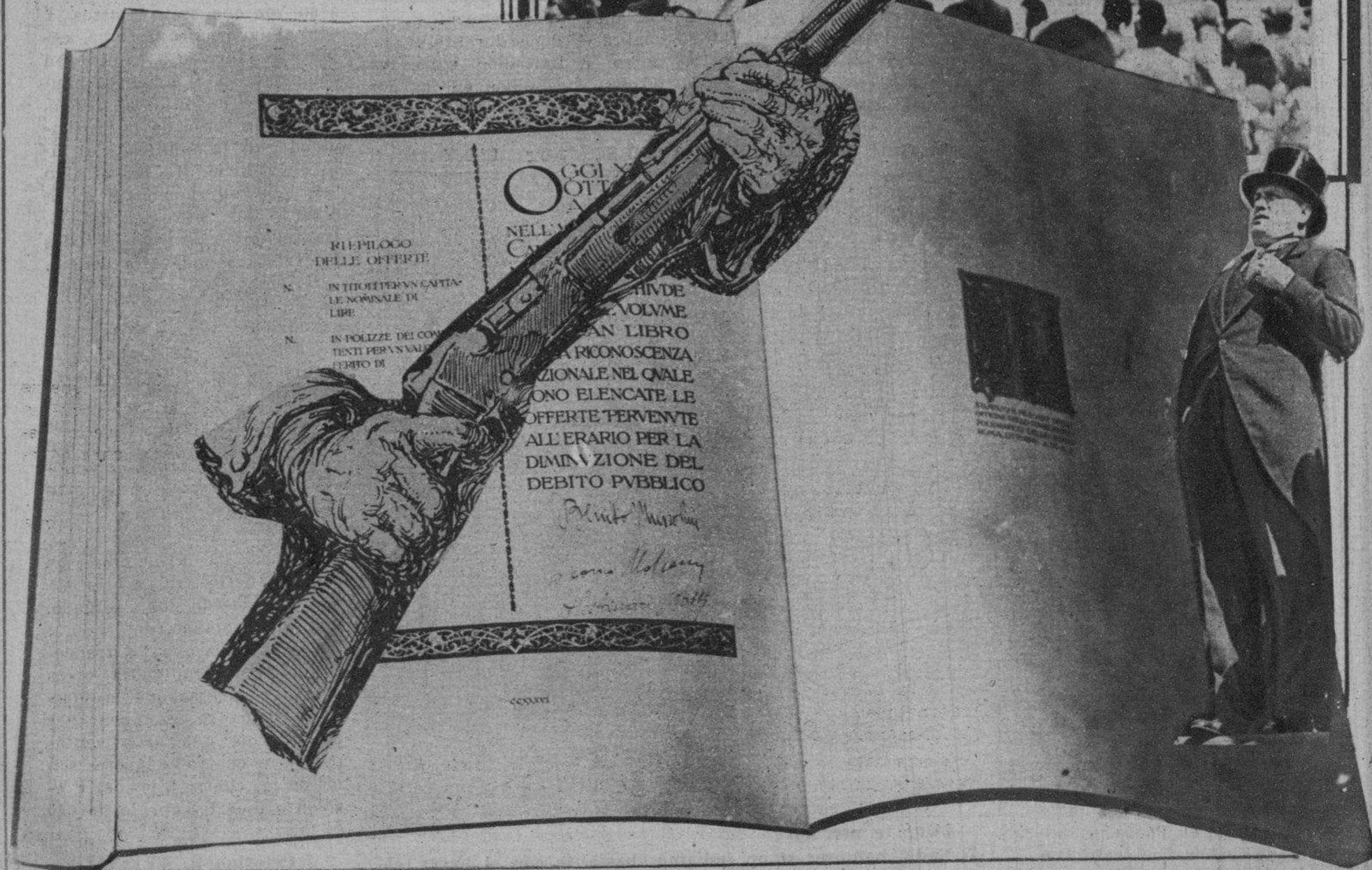
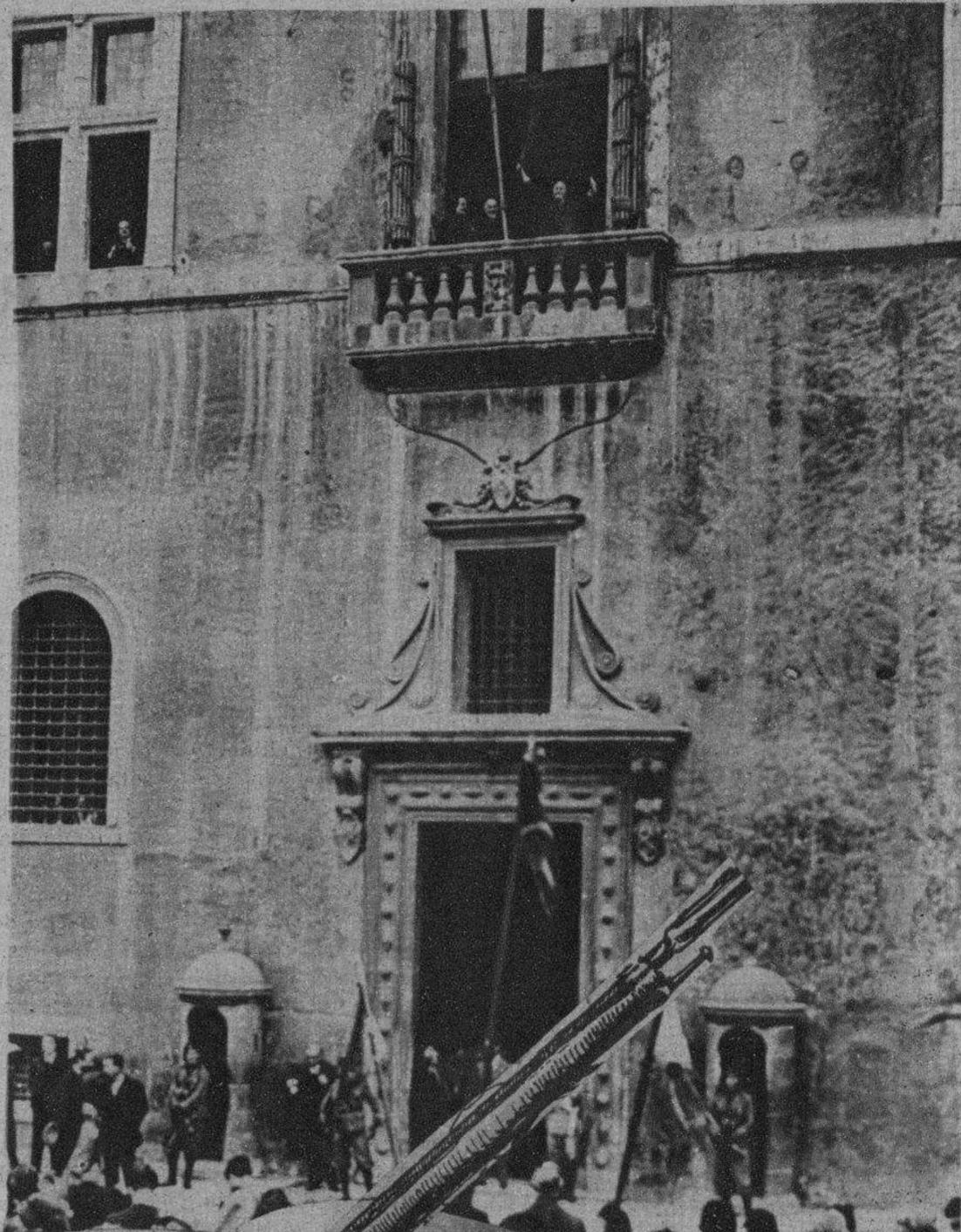
El último gesto del "Duce" Dos objetos que deben respetar los estudiantes: el fusil y el libro

Al terminar el curso, los estudiantes de Roma se han reunido en la Plaza de Venecia, ante el palacio del mismo nombre, para rendir homenaje de adhesión a Benito Mussolini.

El «Duce», vociferando desde el balcón principal del edificio, les ha mostrado un libro y un fusil: «Dos «objetos»—ha dicho—que debéis respetar».

¡Un libro y un fusil! Mussolini—vedlo en la fotografía—, muestra el arma de guerra con la mano derecha, y con la mano izquierda el arma de la paz. No, ciertamente, por colocar el libro en el lado cordial, sino para tener presto a disparar, el fusil.

¡Un libro y un fusil! Todo un programa bajo el signo incivil de «la letra, con sangre entra». La letra, la cultura, la civilización... Todo, en fin, lo que con el fusil está reñido y sólo puede reunirse con él en las manos de un dictador vociferante.



REPORTAJES DE HISTORIA UNIVERSAL

DE COMO CON UN BRILLANTE PAGOSE A NICOLAS I LA VIDA DE SU EMBAJADOR EN PERSIA, ASESINADO POR LAS TURBAS MUSULMANAS

ESCENARIO

ABATIDO Napoleón en Santa Elena, apagados los últimos resplandores de la Revolución Francesa, renacía la paz en los pueblos de Europa y recobraban su arrogancia las clases «altas».

El zarismo, ensoberbecido, ciego a las realidades de motines, rebeldías y conspiraciones militares, creció en posesión de la suprema fuerza, de la solidez máxima.

Y así sorprendió el levantamiento llamado «decembrista», por haber estallado en el mes de diciembre de 1825, con motivo de la coronación de Nicolás I.

No contó el movimiento con el asenso de la popularidad, y el zar recién surgido pudo hacer lo que ahora, y en «argot» teatral, llamaríamos un «ensayo general con todo», de los medios de que disponía para mantenerse en el trono.

Los más representativos valores rusos, balanceáronse en el patíbulo; llénanse las ergástulas, las vergas policiales caen sobre las desnudas espaldas; se operan deportaciones en masa de poetas, militares, escritores, sacerdotes... La dura mano del «zar-batiushka», cae sobre la cabeza de la sociedad entera.

EL PROTAGONISTA

Y, sin embargo, un hombre logra «justificarse» y salvar de la horca, cuando ya casi la mano del verdugo le tenía aprehendido.

Este hombre es Alejandro Sergueievich Griboiedoff, autor de la obra «Desventura a causa de la inteligencia», que le hizo famoso en el mundo, colocándole entre los más preclaros exponentes de la cultura mundial.

La habilidad de Griboiedoff, de un lado; su tibio liberalismo de otro, y, sobre todo, la falta de pruebas contundentes de que estuviera comprometido con los «decembristas», le salvaron de la muerte.

DEL PATIBULO A LA EMBAJADA

Griboiedoff, ambicioso, no se contenta con salvar la vida. Quiere, además, vivir bien. E,

ignórase a costa de qué sutilezas, de qué malabarismos cortesanos, ocupa el cargo de Embajador de Su Majestad Imperial, ante el sha de Persia.

Difícil puesto el suyo. Cultísimo, chispeante, dueño de un «don de gentes» maravilloso, triunfa donde otros fracasaron. Y allí, precisamente, donde se tejen toda suerte de zancadillas y maniobras contra

DOS RUSOS EN EL HAREN DE UN PERSA

Los enemigos del «intruso», son derrotados cuantas veces se deciden a luchar tan «a pecho descubierto» como puede hacerse en lides diplomáticas. Y aprovechan, para lograr sus fines, cuantos medios «indirectos» se les presentan.

EL EMBAJADOR RECIBE DOS VISITAS

Cierto día, Griboiedoff recibió la visita de un muchacho, que irrumpió en su despacho lleno de dolorida indignación y de solicitud de amparo.

—¡Justicia, señor Embajador! ¡Justicia!—dijo.

El visitante, era el joven armenio, que había conseguido burlar la vigilancia de los eunucos de Assefeth y llegar hasta la embajada de su país, en busca de protección.

Griboiedoff, no vaciló un instante en cumplir los dictados del deber que le imponía su cargo: sin pérdida de momento, envió una nota al shá, en la que, remitiéndose al Tratado de Turkmanchask, solicitaba la inmediata libertad del muchacho y la entrega al mismo de una suma, para indemnizarle de los agravios y perjuicios que se le habían inferido así como un castigo para el sátrapa persa.

Surte efecto la nota del embajador, por lo que a la libertad e indemnización del armenio se refiere, y la noticia de esta eficacia pasa a través de los espesos muros del harén.

No pasan muchos días, sin que a la embajada rusa llegue un segundo visitante. Va recatado misteriosamente en el embozo de su capa. Es un eunuco de Assefeth, que lleva una carta de la georgiana prisionera, para Griboiedoff.

En la epístola, la hermosa muchacha pide al embajador de su país «que la libre del «gheena» (infierno), en que se halla, de los castigos a que la somete Assefeth y que la devuelva al hogar honrado de sus padres.

Griboiedoff, ante la noticia de esta nueva ofensa de que se hace objeto a sus compatriotas, reanima en una explosión de noble iracundia y envía al sha una segunda nota.

Esta nueva nota del embajador de Rusia, no es ya un ruego, sino una orden; no una solicitud, sino una comunicación.

LA «GUERRA SANTA»

Cuando el sha transmite a Assefeth la indignada nota de Griboiedoff, el Doule, ladina-



GRIBOIEDOFF

el imperio ruso, logra establecer un Tratado comercial muy favorable para su país: «El de Turkmanchask», llamado así por la localidad donde fue firmado.

La envidia, sin embargo, pronta a morder en todos los victoriosos, no le perdona a él tampoco. Mientras la corte teherana le festeja, algunos representantes europeos atacan al «intruso» sañudamente, concitando contra él la enemiga del clero musulmán, poco propicio a admitir lo nuevo ni, mucho menos, lo poco adicto a los mandatos de Alá.

Entre tanto, la corte petrogradense no apoya demasiado decididamente la gestión de su embajador...

No tarda en surgir uno de esos medios indirectos.

Assefeth-Doule, consuegro del sha Feth-Alí, tiene cautivos en su «enderim» (harén), a dos súbditos ruso: un armenio y una linda muchacha georgiana, arrebatada, cuando era niña, al hogar paterno.

No era hombre Assefeth-Doule, ciertamente, de trato dulce. Lo cual permite asegurar que sus dos cautivos no estaban rodeados de consideraciones. Así era, en efecto: además de los castigos de que continuamente se les hacía objeto a ambos, la muchacha recibió la ofensa de que el consuegro del shá le propusiera convertirla en su favorita...

MAS que las plegarias fervientes de los siervos religiosos, mejor que los inspirados panegíricos de los oradores, superiormente a toda encomiástica exaltación de entusiasmo patriótico y humano, las notas vibrantes de "La Marsellesa" elevan el espíritu, animan, apasionan y conmueven a la multitud e impulsan incomparablemente al hombre a las más sublimes y heroicas decisiones en la agitada existencia de los pueblos.

¡"La Marsellesa"! ¿Quién no ha sentido su corazón latir con vigoroso ardor supremo al resonar la bélica armonía de ese canto imponente y prodigioso? ¿Quién no ha observado la creciente pasión alentadora que despierta en el alma el excelso poema de Rouget de l'Isle?

Cuando un país esclavo entona "La Marsellesa", la hora de la liberación no se hace nunca esperar. Son las pa-

mente, dice que no se atreve a resolver por sí en tan grave asunto y convoca a una reunión a los altos dignatarios del clero musulmán.

En esa reunión, que se celebra no muchos días más tarde, el hombre tortuoso que la convoca, falsea la verdad de los hechos, ocultando su vileza y derivando la conversación hacia el aspecto religioso.

—No puede tolerarse, sopeña de que todos quedemos para siempre manchados de ignominia—dice—que un impío ose penetrar en el sagrado de la vida íntima de los musulmanes, vulnerando la santidad del narén, después de haber arrebatado de él a un siervo.

Con frase elocuente, solicita que se declare la «djagat» (guerra santa) contra los rusos. El arzobispo Mirzah-Mers, xenófobo exaltado, apoya la encendida frase del consuegro del sha, y la guerra santa es declarada.

GRIBOIEDOFF. — E BURLA DEL PEL- GRO

Atemorizado el sha por las consecuencias, gravísimas, que pueda traer para Persia en general y Teherán en particular, la determinación del clero, se entrevista con el príncipe armenio David-Melikoff-

EL HIMNO NACIONAL

labras valientes y el ritmo sonoro de ese canto triunfal lo que libró a la Humanidad del cruel feudalismo y del ominoso yugo de codiciosos y despóticos soberanos, destruyendo el inicuo estado de injusta sujeción forzada en que el poderoso tuvo siempre al humilde y el fuerte al débil.

Mientras el cristianismo ha necesitado cinco siglos para formarse y atraer a sus irreflexivos fieles, las sentidas estrofas del canto reivindicador de la revolución francesa han arrastrado al mundo entero, reuniendo pronto en amor fraternal indestructible a todos los seres libres de la tierra.

¡"La Marsellesa"! No hay

mayor gloria ni exaltación más alta. Nada puede oponerse ni detener a la muchedumbre enardecida por ese fogoso himno popular, hoy internacional, grito de ira del gentío arrollador, voz de la revolución justiciera y liberadora.

Fué Francia primero, Rusia más tarde, y otros países como el nuestro, después, que al potente compás de la noble turba exaltada derribaron todo el funesto conjunto fermentado de los seres, las leyes y las cosas que forman el imperio absurdo de tiránicas y absolutas majestades.

¿Cuál será el muy inspirado compositor que armonice

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

Xavier de ZENGOTITA

Sujmatsky, para que éste, a su vez, visite al embajador amenazado, y le prevenga.

Griboiedoff, echa a broma lo que considera «infundadas aprensiones del príncipe»:

—No me asustan vuestras noticias, alteza—declara, riendo—. No soy un cobarde, pero estoy, a fe mía, prevenido.

Y le muestra, burlón, dos escopetas, que constituyen todo el arsenal de defensa con que cuenta la Embajada rusa...

—Vos las ireis cargando — dice — y yo dispararé. Pareceré, nada menos, que un rey en cacería...

EL ASALTO A LA EMBAJADA

Insistía el príncipe en sus puntos de vista de prudencia, cuando un hervor de multitud vino a corroborarle.

Varios centenares de musulmanes enardecidos, se aprestan a asaltar el palacio. Cuando llegan a las puertas del edificio, el embajador, sin que de sus labios se borre la sonrisa, dispara una de las viejas escopeta.

No esperaban las turbas este contundente saludo y el mar de cuerpos braceantes, tiene un movimiento de resaca, de retroceso. Esto, es un instante nada más. Bien pronto avanza

de nuevo y ya esta vez decisivamente.

A palos, a pedradas, son muertos, despedazados, arrastrados como sangrientos trofeos de vesania, el embajador de Su Majestad Imperial, el príncipe Melikoff y sus empleados y servidores.

Sólo un funcionario de la embajada logra salvar la vida: el anciano señor Haltzov, testigo de boda de Griboiedoff y testigo, también, de su martirio, que él luego refiere en el proceso que se incoa.

EL PANICO EN TE- HERAN

Saciada la sed de venganza, apaciguados los ánimos, Teherán es presa de verdadero pánico ante el temor, nada fantástico al parecer, de que Rusia tome terribles represalias.

De boca en oído, circulan los rumores más pavorosos y se habla de que «los cosacos avanzan sobre la ciudad, para vengar a sus compatriotas asesinados».

El sha celebra continuas reuniones con sus consejeros, y uno de éstos, el astuto Khorsev-Mirzah, propone, y es aceptado, la marcha de una comisión a San Petersburgo, con el único objeto de desagraviar al zar. Esa comisión, que presidi-

la arrobadora entonación que ha de lanzar al espacio infinito toda la gloria de la República española?

No tenemos todavía himno nacional. La divulgación del Himno de Riego no despierta más que tenues entusiasmos. Cántico monótono y vulgar con impropia citación favorable a una reina...

¿No estima necesario un concurso que induzca a la profunda meditación a músicos y poetas para el anhelado Himno Nacional?

El feliz acontecimiento memorable del 14 de abril y el sublime sacrificio inolvidable de los héroes de Jaca quedarán escritos en la Historia, pero nos falta el ardoroso poema cantado que, como "La Marsellesa", sea elevado enardecimiento, merecida poética ponderación y recuerdo imperecedero de nuestra República para las generaciones futuras.

rá el proponente, someterá al imperial criterio una lista de severas sanciones, encabezadas con el destierro de Assefeth y sacerdote Mirzah-Mess.

UN «DESAGRAVIO» DE OCHENTA Y OCHO QUILATES Y MEDIO...

Khorse-Mirzah, pone en su maleta, al marchar a San Petersburgo con su delicada misión, algo que él, conocedor del corazón humano (o, por lo menos, conocedor del corazón de los zares), considera tan «interesante» como una lista de castigos: uno de los tres brillantes más valiosos de la corona de los Kadjar (apelativo protocolario del shá); un brillante de ochenta y ocho quilates y medio!

Tan grato le pareció el brillo de la portentosa joya a Nicolás I, que no dudó un momento en engazarla a su corona... y dejar «para mejor ocasión», las represalias, y aun las reclamaciones por el asesinato de Griboiedoff, su embajador en Persia.

Actualmente, en el cementerio de Teherán, existe todavía la fosa común donde fueron enterrados los rusos muertos por las turbas musulmanas.

CUALQUIER TIEMPO PASADO FUÉ PEOR

LA GRAN CUCHIPANDA MISTICA: ANGULEMA

UN aspecto tan interesante como lamentable de los Austrias y Borbones en España, fué el personal y peregrino concepto que siempre tuvieron acerca de la integridad territorial, de la dignidad nacional y de sus derechos como soberanos.

El hijo de doña Juana la Loca nos infectó España de tudescos, tan entusiastas de prebendas y tan curiosos coleccionadores de monedas que, cuando nuestros abuelos se tropezaban por casualidad con una de ellas, lo saludaban reverentemente quitándose la gorrilla, y le decían con delicada alusión a un alto dignatario de la Corte:

—Guárdeos Dios, doblón de
[a dos
que Xevrés no topó con vos.

Del batiborrillo de ingleses, austriacos y franceses de que disfrutó nuestro pueblo durante el período larguísimo de aquellas ejemplares y edificantes diferencias familiares entre Felipe V y el Archiduque, no es necesario hablar por ser agua muy pasada. Baste loar, para gloria de la dinastía, que por la intervención extranjera satisfacimos una factura con la entrega de Sicilia, Gibraltar y la isla de Menorca. ¡Una friolera!

Mas andando el tiempo, todo lo consignado fueron «tortas y pan pintado» ante las complicaciones de carácter internacional motivadas por las debilidades amorosas con Godoy de María Luisa de Parma; la esposa de aquel bondadoso cazador de venados a quien Goya, siempre feroz humorista retrataba siempre con un enorme sombrero de candiles. Complicaciones que fueron entre otras las derrotas navales y cinco años de guerra de la Independencia y más tarde la pérdida de América.

Pero lo que da la tónica del desvelo de Fernando VII por rehabilitarse ante el mundo después de las desdichadas escenas del Escorial y Bayona y de Valencey y por cuidar de la integridad del territorio de la nación, es la expedición de los cien mil franceses mandados por aquel rayo de la guerra, el Duque de Angulema, que hizo su aparición por el Pirineo el año del Señor de 1823.

No bien llega a conocimiento del rey que la Santa Alianza en el Congreso de Verona había comunicado a Luis XVIII de Francia para que interviniese en España y restaurando los derechos absolutos de su pariente evitase, según la

ciones ciudadanas y más si se exteriorizan con un intento de asalto al palacio real (que por cierto fué impedido por los milicianos), anula el decreto; pero, una vez restablecido el gabinete, éste dimite y es sustituido por otro con la peregrina



nota colectiva, que con la «constitución se precipitase la Península en un abismo de calamidades», cuando aprovechando la terminación de las tareas de las Cortes extraordinarias publicó un decreto exonerando en masa al ministerio San Miguel.

Ante la reacción popular de los madrileños por lo expeditivo del procedimiento, el rey, siempre atento a las aspira-

condición de no tomar posesión, ni actuar, por tanto, hasta tanto no daba cuentas de su gestión el saliente a unas Cortes por elegir.

Pero ya brilla el iris. Ya cinco cuerpos del ejército francés entran en la península. Le acompañan en calidad de introductores de embajadores y para lo que se tercié, como milicia celestial que es la enviada (dilatada descendencia

de San Luis), lo más florido y piadoso entre los siete millones de españoles (que era el censo de la nación en aquella edad dorada); treinta mil súbditos de Fernando a sueldo del gobierno francés; las mesnadas más lucidas de Longa, el Trapense, el Conde de España, el barón de Erales y mosén Antón. Gente que antes de disparar persignaban con el trabuco y de cuyas heroicas filas salieron, en su mayor parte, la honra y prez de los bandidos españoles que tan alto pusieron el prestigio del bandolerismo nacional y que dieron pábulo a nuestra interesante literatura glosadora de las hazañas de los «caballistas».

Camino de Andalucía va el rey Fernando; junto a él camina el ministerio dimitido y el ministerio electo sin actuar ninguno de los dos. Seis mil soldados le escoltan. Por no haber tomado igual precaución los diputados que se pusieron en camino dos días después, fueron desvalijados por los ladrones; debieron de ser rezagados defensores de las prerrogativas enlazadas del Altar y el trono.

Ciento treinta mil hombres, pretendieron los candorosos constitucionales que se opusieron al avance de Angulema.

Al frente de aquéllos colocaron a Espoz y Mina, Ballesteros, Quiroga, Palasea y algunos de los fundadores de dinastías de espada que han llegado hasta nuestros días; los Milans del Bosch, O'Donnell, conde de la Bisbal, el marqués de Castellidosrius.

Mas ni soldados, ni generales quisieron empañar la epopeya napoleónica, y mucho menos en contra de la voluntad del monarca y con desdoro de la religión, así es que se fundieron como la nieve ante el sol de felicidad que alboreaba: algunos, como O'Donnell necesitaron además para limarse el reflejo de la luz quebrándose en el oro.

Llega el rey a Sevilla. ¡Viva España y la religión!

—Cantemos alegres a lo serení...

Tengo a mucha honra ser un gran servil...

Angulema nombra en Oyarzun una Junta en sustitución de la de Urgel. Levántase Madrid al sacrosanto y encendi-



en el mentidero

EL RUSO QUE HA ASESINADO A MR. DOUMER

LOS periódicos de izquierdas siguen sosteniendo que el ruso que ha dado muerte al Presidente de la República francesa, Mr. Doumer, es un fascista empedernido... Por su parte, los periódicos derechistas sostienen que es un comunista recalitrante...

En su tertulia del café de Santa Engracia, el poeta humorista Manolo Soriano, comentando esta disputa de periódicos, decía:

—No me exlico esta gresca de si Gorgouloff es de la izquierda o de la derecha. Lo que sí puede asegurarse es que es un ruso de abrigo.

LO QUE NUNCA TENDRA EL REPORTERO

Una de estas pasadas tardes, un diputado muy modesto que aún no ha abierto el pico en el salón de sesiones, discutiendo con unos amigos sobre el proyecto de Reforma Agraria, gritó:

—¡Pues la Reforma hay que hacerla "ahora" o nunca!

Y un periodista que se encontraba cerca del grupo, al oírle dijo a un compañero:

—¿Has oído qué "ahora" más redondo ha soltado el diputado Pérez? ¡Y que estos hombres sean representantes del país!...

Ante la protesta del periodista, el reportero recordó una anécdota que tuvo por origen una de estas palabras viciosas o desvirtuadas y que posiblemente este "ahora" del diputado ten paridad con la de la anécdota que voy a referir.

Era yo redactor jefe de "La Voz de Aragón". En aquellos días en que el doctor Asuero ocupaba el primer plano de la actualidad entró en la Redacción uno de los consejeros del periódico, hombre hinchado de dinero, pero cuyos pies jamás experimentaron el contacto de unos calcetines y mucho menos de calzado que no fueran las clásicas alpargatas de cinta...

Aproximóse a mi mesa, donde trabajaba en aquellas horas de la tarde y por todo saludo me dijo:

—Redactor jefe, ¿qué le parece eso del "trugémimo"?

—Alcé la mirada y, después de contemplarle unos instantes, le contesté:

—Amigo don Quintín (no quise decirle tío Quintín, como le llaman todos), no se dice "trugémimo", sino trigémimo.

Se rascó la cabezota y, sonriendo socarronamente, me contestó:

—Bueno, maño. ¡Puede que se diga así! Pero, ¡ridiós!, ¿sabe lo que le digo? ¡Que yo sin saber decillo y usted sí, pues que yo tengo un automóvil que m'ha costao cien mil riales y usted no lo tendrá nunca!

Y es verdad... Y posiblemente ese diputado que en la pasada tarde soltó el "ahora" que tanto indignó al compañero de Prensa, tendrá un automóvil o dos que cuesten, no cien mil "riales", sino un millón, y el periodista que tanto se indignó tendrá que ir a todas partes "a pata" y sin dinero, aunque no diga "ahora" ni "trugémimo"...

EL RELOJ DE DON SANTIAGO ALBA

Ya sabemos todos, por los periódicos diarios—aun cuando cada uno arrima el ascua a su sardina—, el apasionamiento que ha despertado el Estatuto de Cataluña en la Cámara.

Desde los primeros momentos, en los pasillos se vienen formando corros y más corros, donde se hace el comentario "según el color del cristal con que se mira".

El pasado viernes la animación era extraordinaria en los pasillos, cuando llegó el conde de Romanones, que iba saludando a unos y otros, sin dejar su sonrisita característica.

Al preguntar a uno de los diputados qué novedades había, éste le contestó:

—Ya lo está viendo, amigo don Alvaro. Mucha animación, mucha pasión y muchos comentarios... Lerroux dice esto... Royo Villanova dice lo otro... Maura aquello... Largo Caballero lo de más allá; y así unos y otros, menos don Santiago Alba, que en este problema aún no ha dicho "esta boca es mía".

—Porque don Santiago, en todos los actos de su vida—agregó otro—habló siempre a su hora. Ni antes ni después. Ya sabe usted que don Santiago es un reloj, ¿verdad, señor conde?...

Y Romanones, iniciando la marcha, repuso:

—¡Sí; un reloj, pero de cuco!...

J. L. B.

do grito de «¡Imuera la libertad!!» y «¡vivan las cadenas!!»

Por sí o por no, en la duda de om habían de demostrar su fervor los habitantes de la Villa y Corte y en previsión de lo que pudiera ocurrir en esta vida y en la otra, que no hay que olvidar somos mortales toma las más elementales medidas: saquean los comercios y almacenes de los constitucionales. Candorosos—ipura sencillez—entregan a los franceses el dinero hallado «para que lo inviertan en limosnas».

Después de estos desahogos de carácter práctico se dedican a los del espíritu: el retrato de Riego lo quema el verdugo. Es invadido el local

donde se reúnen las Cortes y no dejan ni una silla sana. España arde en fuego absolutista. Los tizones de la Inquisición se han reanimado dando de nuevo lengüetadas. Al alegre chisporrateo saltan de gozo frailes, obispos y curas. España es una orgía mística de punta a punta. Por las carreteras abiertas y por los desfiladeros desguarnecidos avanza el ejército francés estupefacto. La épica napoleónica pierde valor ante el soldado de Luis XVIII al atronarles los oídos el castañetear de las «postizas» y el rasgueo de las guitarras de los prestigiosos manolos y chisperos del Dos de Mayo.

Miel sobre hojuelas. Las nobles aspiraciones populares reciben la consagración oficial; se anulan todas las deudas, decretos y leyes de la etapa constitucional, sin indemnizar a nadie, como es natural, icastigo por ser «negros»! Todo el que ha servido al gobierno liberal destitución, declaración al canto de traición a la patria y vigilancia de la policía. Se anula la venta de bienes de la Iglesia y se le devueven los diezmos y primicias.

España es una pira de fervor donde se purifican el ideario y la administración nacional.

Se aproximan los días en que se desengancharán los caballos del coche del hijo de Car-

los IV. y se uncirán vasallos sencillos.

Se oye ya a lo lejos las castañuelas de Pejea la naranjera acompañando con su repiqueteo garboso el «tirulé», el «julepe» y el «serení».

Se mezclan balidos de borregos desbandados con los gritos emocionantes de «¡Religión y rey; esta es mi ley!» «¡Viva el rey absoluto!» Estallan los sonetazos encomiásticos de los poetas serviles, al rey y a la reina de turno y a la manceba de guardia y desde el Pirineo a Tarifa se entroniza la Pitita:

Pitita bonita, con el pío, pon viva Fernando y la Religión.

Pedro BARRAGAN

EN COLUMNA DE A UNO



MELQUIADES

LA semana pasada, destiló por aquí en columna de a uno—nunca nos atreveremos a decir que «en fila india»—, un decano del Colegio de Abogados, de Madrid. Ved aquí otro decano, esta semana.

El decano de hoy, es el actual. Diferente en todo—hasta en dotación de quilos—del decano del otro viernes. Vedlo: es Melquiades; el amigo Melquiades.

Elocuente y enjuto—elocuencia vacía, muy «ocaso colonial»—, ha discursado a su sabor en Mora de Toledo. Diciendo cosas como éstas, en las que el «retintín» es lo más importante:

«Las formas de Gobierno, son accidentales». «Cuando la República se divorcia de la libertad y de la democracia, no merece ningún sacrificio y puede llegar a ser un instrumento de tiranía que menoscabe todos los derechos». «La Constitución de la República española, es un plagio de Constituciones extranjeras, extraña a las realidades y sentimientos del país».

Muy bien. Pero no podemos servir más «botones de muestra» al curioso lector. Porque no asistimos a la conferencia. Ni hemos leído la reseña que de ella han hecho, seguramente, los periódicos.

Las frases entrecuilladas, nos las ha «facilitado» un artículo de don Honorio Maura, en que se reproducen alegremente. Una reproducción y una alegría, que son el mejor comentario. Que son... el «retintín».

CUANDO SE APAQQUE EL VOLCAN

UN Parlamento en estado efervescente es una cosa que ofrece gran interés.

Pero es más interesante aún un Parlamento en erupción. En el primero, el interés va en todo lo que se presiente; en el segundo, en casi todo lo que se deja sentir.

Cuando un Parlamento comienza a vomitar, lo que vomita es una lava especial, muy acreedora de estudio.

Claro que ese estudio hay que dejarlo para luego, para cuando se enfríe. Y he aquí por qué muchas de las cosas analizables no podrán serlo, porque se habrán evaporado ya.

De nuestro Parlamento actual, cuando desaparezca la actividad de su cráter, podrán encontrarse muchas cosas buenas y bastantes «mejorables».

Junto a lingotes de hierro, hallaránse barras de plata y algún filón de oro.

¡Lástima grande que no podamos adueñarnos, hoy mismo, de todo ello! Pero, ¡quemamos tanto!

Yo, cuando llegue el momento, iré a buscar lo que estoy seguro de que no va a disputarme nadie. Iré a buscar un discurso del gran Ortega y Gasset; no éste ni aquel discurso: un discurso cualquiera.

Y no me lo disputará nadie, por la sencilla razón de que una pieza oratoria que es, además, una lección de empirismo filosófico, no puede quedar clasificada como oro, ni como plata, ni siquiera como hierro. Sólo tendrá un valor de cosa bella, lo que, en nuestro tiempo, vale casi tanto como decir de cosa inútil.

Práctico es el hierro con que se hace una cama donde dormir; práctica la plata, con que se compra la cama; práctico el oro, que sirve para asegurarnos el practicismo de la plata.

Pero un discurso del señor Ortega, que no sirve más que para soñar, eso no es práctico. Porque un sueño ni puede evitar que nos trasladen de nuestra cama a cama nueva, ni—lo que es peor—puede evitar que despertemos acostados en nuestra vieja cama.

HELIOS CRAS



NUNCA ES TARDE

Al desembarcar—¿leísteis?— «nuestro agosto» ex soberano en el puerto de Marsella, «le han puesto en la faz la [mano]».

—¡Un poco tarde!—dijo uno, comentando el incidente.

—Desde luego, un poco tarde, sí—repetía la gente.

La verdad, lectores míos, es que yo no sé qué diga; no creo que así el «donante» grandes provechos consiga;

pero, de todas maneras, nunca es tarde, pienso yo, para herir a quien más de una bofetada antes nos dió.

Y si ha de tenerse en cuenta que el agredido es de tal condición que, aun desde lejos, busca de su pueblo el mal,

menos tarde me parece el puñetazo en cuestión, pues no fué dado a la cara, ¡que fué dado a la intención!

EL LOCO CANTOR

EN COLUMNA DE A UNO



LINDBERGH

TODO nuestro respeto para el padre acongojado, como para el aviador genial—ante él los adjetivos quedan pálidos—, fué en su momento toda nuestra admiración.

Al darle un puesto en el desfile, no pretendemos hacer oposición a «premios» periodísticos, «hinchando» la gacetilla sentimental de la criaturita victimada. Por el respeto al padre, que consignado queda más arriba, y al lector que nos lo agradecerá más abajo, cuando acabe de leer.

Entonces, ¿para qué hablar, para qué traer a colación aquí el suceso? Pues... con ánimo de mostrarnos orgullosos de nuestra condición meridional y, si se quiere, bárbara, en la más incorrecta y más usual aceptación del vocablo.

Un padre bárbaro y meridional, no lloraría ahora las lágrimas de Lindbergh, aunque tampoco, quizás, ciñeran sus sienes, en el alegre pretérito, los laureles victoriosos.

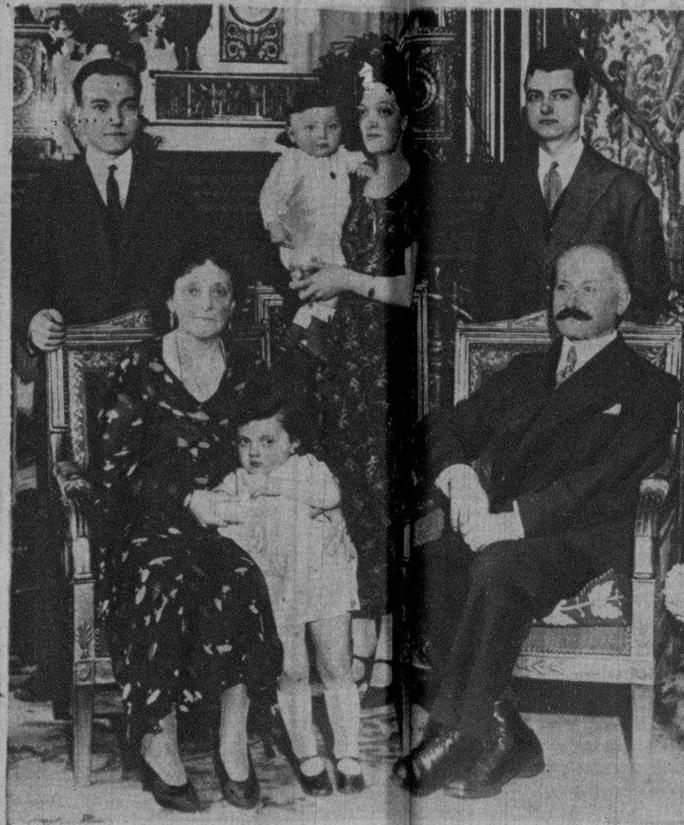
Un padre bárbaro y meridional, lo primero que habría hecho fuera recobrar al hijo; por encima del respeto a la ley.

ASAMBLEA MAGNA DE LAS CAMARAS DE LA PROPIEDAD Y ASOCIACIONES DE PROPIETARIOS DE TODA ESPAÑA, CELEBRADA EN EL TIVOLI. — (Fots. Merletti)



Don Juan Pich y Pon, presidiendo el importante acto, acompañado de las representaciones del resto de España, que participaron en el mismo

NOTAS GRÁFICAS DE ACTUALIDAD



Mr. Albert Lebrun, nuevo Presidente de la República francesa, con su esposa, hijos y nietos. — (Fot. Vidal)

INAUGURACION DEL BANCO DE LA PROPIEDAD. — (Fots. Merletti)



El Consejo de Administración, con su Presidente, don Juan Pich y Pon, y el Consejero-Delegado, señor Miracle, y alto personal del mismo, en el acto inaugural de la entidad



Imponente aspecto que ofrecía la amplia sala del Tivoli, durante la celebración de la Asamblea



Grupo de concurrentes al banquete, celebrado en el Hotel Ritz, con que el Banco obsequió a las representaciones de la propiedad de toda España



La muchedumbre que asistió, en París, a los funerales por Mr. Doumer, el Presidente asesinado. — (Fot. Keystone)



El Presidente de la República, señor Alcalá Zamora, con el ministro de Estado, señor Zulueta y el nuevo ministro del Perú, señor Osuna, momentos después de haberle presentado éste sus cartas credenciales. — (Fot. Diortiz)

NUESTROS REPORTAJES

FERNANDO FRESNO, FARMACEUTICO, CARICATURISTA, ACTOR DRAMATICO Y EMPRESARIO DE TEATROS

EN uno de los cafés de la Plaza de Cataluña, encuentro a Fernando Fresno. Es la víspera de su marcha a América, y, sin darnos cuenta, enhebramos la charla sobre cosas de teatro y de periodismo.

—Yo nací cómico y caricaturista...

Y para no quedar mal con ninguna de sus dos vocaciones, dedica sus actividades a una y a otra, y aun le queda tiempo para echar una ojeada, de vez en cuando, a su Farmacia. Porque, además, Fernando Fresno, es farmacéutico.

—Ya me tiene otra vez, con un pie en el barco, hacia Buenos Aires — me dice Fresno—. El anterior viaje lo hice, como usted sabe, con la compañía de Lola Membrives. Ahora me lleva Irene López Heredia, en cuya compañía ingresé al empezar el año actual.

—¿Y para mucho tiempo?— le pregunto:

—Por lo menos, para un año.

—¿Pero la aprovechará usted, para hacer «monos», también?

—Si me queda tiempo, sí. Ha de tener usted en cuenta, que en el plan que vamos nosotros, hemos de estudiar una infinidad de obras. De modo, que tendremos pocos momentos li-

bres. Incluso durante el viaje, pasaremos la mayor parte del tiempo, estudiando y ensayando, porque el día siguiente al de nuestra llegada, ya debutamos en el teatro de la Opera. Cuando fuí con Lola Membrives, dibujé bastante y me trataron muy bien. «Caras y Caretas», «La Razón» y «Crítica», se disputaban mis «monos». En Rosario de Santa Fe, hice una Exposición de caricaturas, que constituyó un éxito completo artístico y de venta. Por cierto, que todo cuanto se diga, en elogio del Centro Español y de la colonia española de Rosario de Santa Fe, será poco. Se desviven por atender y obsequiar a cuantos españoles se pasan por aquella población. Y lo hacen con verdadero cariño y con el mayor interés.

—¿Cuándo debutó usted como autor cómico?

—El año 1912, en la compañía de Carmen Cobeña. En 1927 ingresé en la de Margarita Xirgu, debutando con «La ermita, la fuente y el río», de Marquina. Y más tarde, pasé a la de la Membrives, haciendo con ella mi primer viaje a América.

—¿Cómo nació su afición al teatro?

—¿Mi afición al teatro...? Yo nací cómico y caricaturista. Y a despecho de ello, empecé a estudiar Medicina con Ricardo Puga; pero como mi abuelo era Farmacéutico y mi padre también, para no desviar la tradición familiar, en este respecto, abandoné los estudios de la Medicina, y me hice, también, farmacéutico. Y en Madrid tengo mi farmacia, hace veinte y tantos años, que es la misma que tenía mi padre y había tenido mi abuelo.

—Y a pesar de ello...

—Y a pesar de ello, me lancé al teatro y a dibujar «monos».

—¿Para el público, dónde empezó usted a hacer «monos»?

—En «A B C». Fué un caso muy curioso. Yo era, entonces —en 1907—, un «pollo bien» que asistía a todos los estrenos y que, por inclinación instintiva, frecuentaba mucho los teatros. En el Teatro Real, se inauguró la temporada, actuando la Paretto, Titta Rufo y Anselmi. Como mi obsesión por los «monos», era extraordinaria, hice unos cuantos de algunos momentos de la actuación de los citados artistas, y los envié a don Torcuato Luca de Tena, convencido de que no se publicarían. Pero, contra lo que esperaba, aparecieron en

«A B C», y fueron muy comentados, produciendo, incluso, disgusto a los artistas en cuestión que se vieron «demasiado feos» en las caricaturas. Al día siguiente, don Torcuato me llamó, y me propuso que hiciera cosas de los estrenos teatrales. Yo condicioné la propuesta: le dije que haría una página, a mi modo, del estreno de «Los intereses creados», de don Jacinto Benavente, que iba a tener lugar a los dos días siguientes, y que si le gustaba, hablaríamos definitivamente. Y así sucedió. Se estrenó la obra en Lara, dibujé la página, se publicó, gustó mucho y he estado veinte años haciendo «monos» para «A B C». Aquellas páginas de los estrenos llamaban la atención extraordinariamente. Y luego los apuntes de los personajes que tomaban parte en los Congresos y conferencias. Y las caricaturas de políticos, de ingenieros, de las figuras más destacadas del comercio, de la industria, de los negocios. ¡

—¿Le han tratado siempre bien, en los periódicos, donde ha dibujado?

—No me han tratado mal. Y, sin embargo, me ocurre una cosa muy chocante. Casi todos los cómicos—por no decir todos—, se quejan, se lamentan y reniegan del teatro, de los disgustos que reciben en él, de indelicadezas de las empresas... Yo, en cambio, no puedo quejarme del teatro, y sí de los periódicos que me han dado algunos disgustos por falta de formalidad y por indelicadezas que no he merecido...

Ha llegado el momento de despedirnos. Y Fresno, el ágil e inspirado caricaturista y el excelente actor dramático —dejemos la farmacia a un lado—, al estrechar mi mano, me dice:

—También he sido empresario de teatros. Pero de esto no quiero hablar, porque aunque empecé ganando, luego, siempre salí perdiendo. Y no es oportuno, en estas circunstancias, desanimar a esos románticos caballeros del Arte. Lo que hay que hacer es estimular al público para que llene los teatros.



FERNANDO FRESNO, CHARLANDO CON NUESTRO COMPAÑERO GAYA PICON

(Apunte de FRESNO)

José GAYA PICON

CATALUÑA FRENTE AL ESTADO, NO FRENTE A LA NACION

CON motivo de la discusión del Estatuto, ruedan por las viejas y señoriales ciudades españolas enconos y pasiones, caprichosas teorías medievales, ideas estereotipadas. Periódicos del otro lado del Ebro reproducen las mismas acusaciones contra Cataluña que se la dirigieron lustros atrás. Diríase, a juzgar por ciertas ridículas campañas, que estamos asistiendo a una reproducción de las rebeldías de Portugal y de América allá en los tiempos de Felipe IV. ¡Como si al otro lado de las fronteras no se hubiera transformado el mundo! ¡Cómo si aquí mismo en España no hubiera pasado nada de particular! Y sin embargo, acaba de desplomarse el trono roquero de Austrias y Borbones que prefirieron arruinar a la nación antes que transformar su organización unitaria hecha al estilo de la dinastía germánica, es decir, a la manera que llamaríamos prusiana o bismarckiana.

¡No! Castilla, sostén y víctima a un tiempo del dominio de la Casa de Austria, no puede tener ya la hegemonía de una Prusia, ni ciertos diputados castellanos pueden seguir dando al problema catalán el aspecto de un pleito de soberanía entre el súbdito y el señor.

Afortunadamente han impuesto la corrección en el Congreso los señores Maura, Sánchez Román y Ortega y Gasset y los debates se desarrollan entre fórmulas de concordia y sentimientos de simpatía y de cordialidad lo que induce a creer que el Estatuto quedará aprobado en las Cortes. Por otra parte, a la comprensión del Gobierno que dirige nuestros destinos se une el sentimiento de libertad que, como clavé de un resurgir nacional próximo, apunta briosamente en otras zonas de la Península. Pero conviene de todos modos recordar en esta hora que si Cataluña aceleró el momento romántico de la revolución por medio del voto, fué por creer que ese movimiento redentor encarnaba, junto con el ideal regionalista, la vindicación soberana del pueblo contra el despotismo del Estado y del Rey.

Con el triunfo de la revolución advino después la República, pero eso sólo es poca cosa porque subsisten con ella las características principales de la deplorable organización estatal de la España de ayer.

República seguirá siendo si-

nónimo de Monarquía mientras el clamor nacional latente siempre, vigoroso hoy, imprescindible hoy, de una república federal, no plasme en realidad para acabar radicalmente con todos los absolutismos. ¿Por qué no escucharon este clamor las Constituyentes sabiendo que el federalismo era, además un disolvente de todos los venenos que se agitan en la vida política española?

Siguiendo la trayectoria de los discursos de los señores Maura, Sánchez Román y Ortega y Gasset que parten del principio intangible de la unidad de la patria y razonando el punto de vista español del último que califica el problema catalán de nacionalismo particularista ante la gran unidad histórica de la nación, cabe preguntar: ¿España es realmente compacta?

Pese a los devotos de Isabel I la Católica en cuyo reinado se realizó la tan decantada unión nacional, cada región es una isla. Lo es, además, cada ciudadano.

Francia e Italia, ejemplo de grandes concentraciones que nos brinda el señor Ortega y Gasset, con unos componentes tan diversos, por lo menos, como los de nuestra península, han hecho su unidad llena de una fuerza de cohesión que asombra. España continúa sin haberla conseguido. Somos todavía una nación por hacer pero ya cargada de historia y de siglos. Algo infusible por tanto. No es esto decir que no tengamos magníficas cualidades útiles y prontas a la plenitud y a la disciplina. Al contrario. Póngase a un español dentro de un Estado superior al suyo y el español será un ciudadano de primera entre los primeros ciudadanos de

aquel Estado. Pero ese mismo individuo perderá aquí sus características raciales merced a los lazos de unión que le atan a un Estado inferior a él. Como las pierde de igual modo la región.

Por eso no puede afirmarse ni aun teniendo la autoridad del maestro Ortega y Gasset que Cataluña quiere ser una pequeña isla de humanidad arisca reclusa en sí misma.

Cataluña es un pueblo gobernable si el que manda sabe qué caminos conducen a la obediencia de derecho. Sabe obedecer, sin duda, quien puede exigir al que manda, pureza y eficacia en la gobernación. Y Cataluña tropezó siempre con el despotismo centralizador.

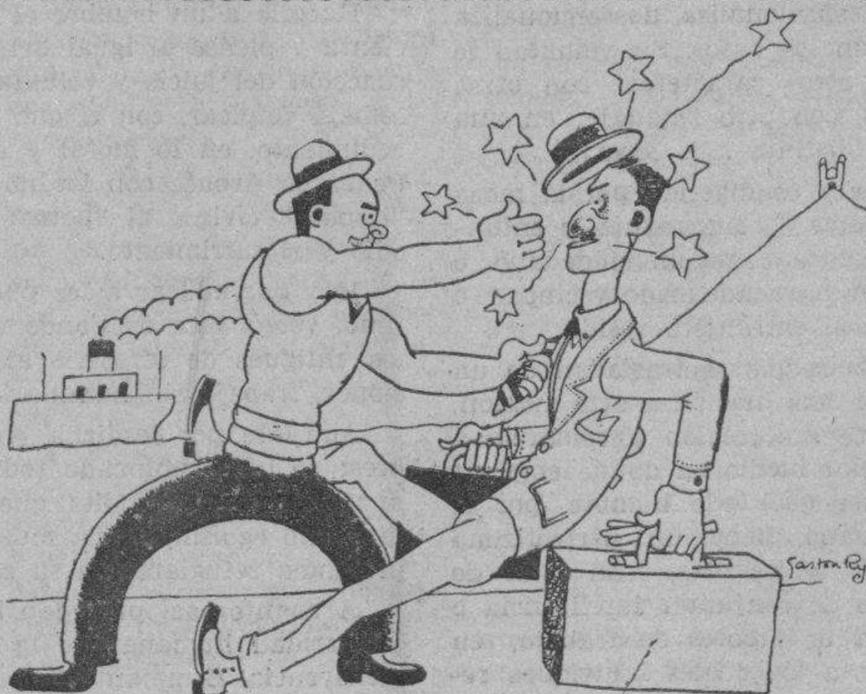
Desde los Reyes Católicos en que España fué vanguardia coincidiendo con la libertad de las regiones, existe divorcio entre mandatarios y obedientes porque los derroteros de la Nación y el Estado son distintos hasta el punto de que jamás ha logrado identificarse el segundo con la ruta de la primera.

Esta es la gran tragedia que lleva en su alma Cataluña y cuya emoción hubiera querido ver recogida por alguna de las eminentes figuras parlamentarias que al hablar del Estatuto, han enjuiciado el problema catalán con elocuencia pero sin esgrimir el bisturí que separara la podredumbre de lo vital. ¿Estará reservada esta misión al gran patriota don Alejandro Lerroux?

La coincidencia es absoluta de que todo debe converger en un punto vértice de los vértices: España. España es una posibilidad magnífica de nación con una lamentable organización estatal que no acaba de morir y unas ansias de república federal que no acaba de nacer.

La revolución que derrocó el trono pudo parir el nuevo Estado. Pero nos emborrachó demasiado el triunfo y todo se nos va en lucería de palabras que son antorchas cuando lo que necesitamos es la acción demoladora y eficaz que imponga la supremacía de la nación sobre la que se empeña en seguir manteniendo su dominio la España oficial. Cuando se junten los derroteros de una y otra ya verá el señor Ortega y Gasset que fácil es gobernar, no a Cataluña solamente, sino a España entera.

Enrique JAVEGA



MARSELLA.—EL EX REY ALFONSO ES OBJETO DE UN ENTUSIASTA RECIBIMIENTO

— INSERTE SUS ANUNCIOS EN

LA CALLE

Y PROGRESARA SU COMERCIO

LA INADAPTACION

QUE se entiende por adaptación? Al formular Bichart su ley "Organismo que no se adapta al medio, perece", se refirió al mundo físico; a lo meramente biológico.

Y ello es así porque las leyes naturales dan a cada ser una conformación orgánica que no les permite vivir en otro medio que en el propio; en el que fueron creados. El pez, muere fuera del agua; el animal terrestre, en el líquido elemento.

En cuanto al hombre, es un animal que posee, como pocos, la cualidad de adaptación, pero dentro siempre del medio en que naciera, que es la Tierra.

Muévese, libremente, por toda la extensión del planeta y se adapta a variadas temperaturas; a modalidades geográficas diferentes; a climas diversos.

Por actos de necesidad o voluntad se habitúa al trato con razas distintas a la suya, en nacionalidades opuestas en usos y costumbres, instituciones y normas jurídicas y sociales y económicas a la en que se educara; convive con pueblos de extraño lenguaje al en que emitiera sus primeros balbuceos; mas todo ello no son, en definitiva, sino actos de pura convivencia, a los que le lleva generalmente el imperioso deseo de buscar en otros países que el suyo el pan de cada día, o el ansia codiciosa de enriquecerse.

Si su voluntad es libérrima; es decir, si no se siente a gusto en el medio que ha nacido porque encuentra en él dificultades y trabas a su actividad o condición pensante o ética y cambia de medio social, en ese caso se adapta pronto al nuevo medio; se suma a núcleos colectivos que no son los suyos; se infiltra en ellos y se amalgama a ellos, a fin de formar parte del todo orgánico del país que ha escogido para residencia; o lo que es igual, se desnacionaliza, desregionaliza o desmunicipaliza, de hecho, según los casos. Su voluntad le lleva a buscar la armonía con otros caracteres, con otras ideologías, con otros sentimientos, con otro lenguaje; en una palabra, con otra manera de ser distinta a la suya.

A este efecto, se deja absorber y es ingerido por la masa social, de la que adquiere sus normas de ciudadanía, y entonces se interesa ya por la cosa pública como un ciudadano o vecino cualquiera, aunque aún no haya adquirido vecindad o carta de naturaleza si es que en el extranjero reside.

pero, ¿y aquellos otros individuos que se trasladan de un continente a otro continente; de una nación a otra nación, o dentro de su propio Estado, de una región o comarca a otra, con el solo propósito de hallar medio en donde emplear su esfuerzo personal, por entender que todo hombre, por el hecho natural de nacer ser humano, tiene un perfectísimo derecho a entremezclarse con sus semejantes, sean éstos de las estirpes que quieran, al objeto de conjuntar inteligencia o músculo en una serie prolongada de labores de trabajo, en convivencia pasajera o estable, y a los cuales individuos repugnan, sin embargo, algunas de las condiciones morales; de las costumbres; de los usos; de las prácticas sociales; de las instituciones jurídicas; de las formas de educación y cultura; acaso del idioma y psicología colectiva del país, o comarca, o región en que habita por azares de la existencia o dura necesidad de vivir?

A esos tales individuos, ¿puede ni debe calificárseles despectivamente de inadaptados y menos hacerles el vacío, conjurándose contra ellos, a fin de obligarles a la sumisión indigna de un adaptamiento hipócrita; o en otro caso, a que levanten la planta del suelo que pisan y vayan a buscar nuevo acomodo en nuevas tierras?

Eso, inadaptados, espiritual y socialmente, son vástagos, por lo común, de una estirpe fuerte, sobria, dominadora de pueblos y de mundos, con una inmensa cultura propia que sirvió para enseñar a otras razas y abrir surcos en menguadas inteligencias y sostener, con altísimo y noble poderío, la grandeza nativa, moral e intelectual, del núcleo étnico, que siempre fué libre; que no se sometió de grado a ningún vasallaje; que no fué tributario de ningún reino colindante, ni soportó cadena alguna al cuchillo de su mesa, porque ello significaba una previsión contra posibles actos de perfidia, y

como su cualidad congénita jamás se mostró pérfida, no tuvo porqué temer que la denigrasen.

Tiénesese, pues, por inadaptados, a los que quieren vivir interiormente su vida; a los que no quieren contradecirse a sí mismos; negarse a sí mismos con acciones de repugnante adulación, de la cual gustan algunos pueblos; a los que creen injusto cuanto sus contradictores indígenas reputan ser bueno; a los que, según el criterio de esos inadaptados, es perturbador y contraproducente. En definitiva, porque estiman ser inferiores a las suyas las cualidades sustantivas y adjetivas de los ciudadanos de la comarca o región a donde esos inadaptados realizan, callada y pacientemente, labor fructífera de trabajo de orden diverso.

Esa manera de ver las cosas; de querer imponer principios y bases, postulados, tendencias y sofismas que, como tales, se hallan ausentes de lógica, es de un carácter marcadamente ultrareaccionario. Está fuera de la órbita o tendencia social democrática. Se encubre, eso sí, con la máscara particularista de republicanismos, mas lleva en su entraña la odiosa faz del clericalismo; es eminentemente egoísta, de un egoísmo semítico o fenicio y, por ello, antinatural y balcánico, o sea, que se halla a extramuros del pensar, sentir y ejecutar de la Europa culta, respetuosa y transigente con los diversos núcleos y estirpes de que se componen todas y cada una de esas nacionalidades.

El criterio del individuo, o lo que es su modo autónomo de pensar; el derecho de independencia que tiene para enjuiciar los actos ajenos, debe ser tan respetado, hasta para los necios, como respetada es la soberanía de los Estados.

Hacerle a un hombre el vacío y anatematizarle porque no sienta y piense al igual del país en que reside es un acto de coacción del juicio y voluntad ajena, tan absurdo y cruel que semeja emplear, con el que no quiere adaptarse, idéntico procedimiento, en lo moral y en lo físico, al de Torquemada o Pedro de Arbués con los no católicos; esto es, condenarle al "impase" cívico; al "potro" del hambre; a la "hoguera" del odio y el sufrimiento.

Hay que educar a los pueblos en el amor y auxilio al prójimo, venga éste de donde viniere; tener aquella gentileza de los antiguos de ofrecerle al forastero hospitalidad sin condiciones, trabajo sin humillarle.

Aun late, por desdicha, en el alma de muchos miles de hombres; se halla ahincado todavía en sus corazones, el instinto ancestral del troglodita que, atento no más que a su rudimentario egoísmo, daba muerte al que no siendo de su "clan" pretendía refugiarse en su caverna.

A cuántos así procedan ha de enseñárseles el credo de la solidaridad humana; de la mutua ayuda; de la más íntima convivencia. Semejante labor viene realizándola la escuela democrática, liberal y socialista, mediante cuyos ejemplos y enseñanzas habrá de reformarse la Humanidad, castrándola de ideas atávicas, de prejuicios y sentimientos rudos y primitivos, haciéndoles comprender a los pueblos de esas estirpes que todos los hombres tienen (ya lo hemos dicho, por ley de naturaleza) un perfectísimo derecho a entremezclarse con sus semejantes y a procurarse, donde quiera que sea, en virtud de su esfuerzo, el pan de cada día, sin que vengan obligados a adaptarse a ninguna de las normas del medio social en que vivieren.

Ricardo GARCIA PRIETO

**Inserte usted sus anuncios en
LA CALLE y hará negocio**

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

PAGINAS FEMENINAS

VAINICAS

RECIBIMOS cartas de amables señoras «depistadas», enviándonos original para estas «Páginas Femeninas». Aunque las columnas de LA CALLE están abiertas a la colaboración espontánea, esa espontánea colaboración a que este caso concreto nos referimos, es inadmisibles. Por la razón de «despiste» antes enunciada, que obliga a nuestras desconocidas corresponsales a enviarnos investigaciones tan profundas como las que tienen por objeto descubrir el medio de hacer un bonito jersey de lana o dilucidar cual es el «punto de la salsa mayonesa».

Ya en la primera de nuestras «Páginas Femeninas» advertíamos que, sin tener planteada ninguna cuestión personal con las labores de costurero ni de fogón, no pensábamos dedicar a ellas el más mínimo espacio. Y continuamos pensando de la misma manera.

**

Las madrileñas de la Castellana y de las merendolas «bien», andan por el paseo y por las casas de té, haciendo el ridículo con sus vestidos rabirosamente rojos e icterímicamente gualdos. Además, han lanzado otra curiosa moda: la de comer limón, a todo pasto, desgajándolo sin quitarle la cáscara, para que la de cada trozo, entre los labios, simule la enseña de sus amores, respetable prenda de museo, indigna de ser llevada así de boca en boca.

**

La «Cruz Roja», no era sólo roja, sino roja y gualda. Y ahora, mediante unas oportunas destituciones, se ha puesto a la institución bajo los tres colores republicanos.

Con gran dolor, seguramente, de aquellas damas y damitas que se dejaban imponer el brazal de enfermera, no para estar en disposición de aliviar dolores ajenos, sino con objeto de satisfacer la propia vanidad, posando con «la señora» ante los fotógrafos de la Prensa.

**

Por cierto que «la señora» envió este invierno cuatro

Influencia política de la mujer en el hogar

Lou Henry, la esposa empresario

CUANDO una colegiala se fija—«se fija de amor»—, en un muchacho, lo adorna de todas las buenas cualidades. Y muy torpe ha de ser el elegido si no resulta un genio, y muy tímido si no aparece como un héroe ante los ojos de la mujer que la ama. Porque, naturalmente, lo ama. Cuando una colegiala se fija de amor en un muchacho—sobraba, seguramente, la redundancia de la afirmación—, es para amarle. Locamente. Tan locamente como se ama la primera vez.

Pero la vida, luego, arrastra cuanto la primera juventud simuló inmutable, y lo transforma. Pocas mujeres dan realidad al amor, con el personaje cerca del cual «teorizaron» en la adolescencia.

Lou Henry, colegiala enamorada de un muchacho, fue, sin embargo, la excepción, su sueño convirtiéndose en realidad. Enamorada de Herbert Hoover, cuando este comenzaba a vivir, logró ser su compañera.

A la sazón no era Hoover un genio, pero sí tenía el espíritu abierto a todas las inquietudes y el ánimo propicio a no desdenar el esfuerzo por «llegar». ¿Habría llegado sin Lou Henry? Seguramente, no.

Cuando Hoover comenzó a actuar como ruedecilla en el

mantas y media para «sus pobres» (nunca mejor empleado el posesivo, puesto que pobres de la monarquía: hechos por la monarquía, eran todos ellos.)

Veremos cuantos niños tuberculosos o pretuberculosos van este verano a la sierra, a cargo de la ex augusta casa.

**

A propósito de «ex», dice una admiradora amiga nuestra que el rey destronado continúa siendo «augusto». Sólo que ahora es «augusto de soirée»: el que recibe el bofetón.

complicado engranaje del Estado, primero como administrador de víveres y como secretario de Hacienda, después, su esposa supo convertir sus salones—sus pequeños y modestos salones—, en uno de los círculos de discusión política de la capital norteamericana. En breve tiempo, el círculo de sus relaciones se ensanchó enormemente, ingresando en el mismo profesores, legisladores, banqueros, estudiantes, filántropos... Al terminar el mandato presidencial de Wilson, los contertulios comprendieron que Lou Henry aspiraba a que su marido lo sustituyese en el alto sitio.

A la sazón, ese propósito fue tomado como una quimera. Pero la esposa de Hoover no desmayó un instante en su tenacidad, y no tardó mucho tiempo en acompañar a su marido cuando éste se instaló como Presidente de los Estados Unidos en la Casa Blanca.

Hoover llevaba a la presidencia las dotes necesarias para realizar un excelente gobierno. No precisaba, como Harding, escuchar opiniones ajenas, ni le faltaba la ambición de que su paso por la Casa Blanca fuese ejemplar. Pero era menester que no dilapidase sus energías en cosas inútiles.

Para aliviar la tarea de su marido, Lou Henry se encargó de muchos quehaceres representativos, inherentes al cargo de presidente. Ella recibe delegaciones, sabe pronunciar un discurso al botarse un buque, al inaugurarse una Exposición, al colocar una primera piedra...

En la Casa Blanca, no ha entrado hasta ahora una mujer como ella y la verdad es que Washington se extrañaba, al principio, de que «la primera mujer del país», por ejemplo, viajase en vehículos públicos o de alquiler. A la buena burguesía yanqui, le agrada demostrar que está en condiciones de poner al servicio de su presidente y de la esposa de éste, un yate privado, briosos

DECALOGO

Diez motivos de risa

RIETE:

★ De las señoritas que afirman que la monarquía «era más bonita»... y olvidan la trágica fealdad de la tiranía y no saben ver la suprema belleza de la libertad.

★ De las señoritas que aseguran que la política no debe ser motivo de preocupación, ni siquiera de conversación, para la mujer.

★ De las señoritas que no saben escribir una carta, pero conocen a maravilla el arte de depilarse las cejas.

★ De las señoritas cuya carrera en la vida tiene—¡aún!—una única reválida: el matrimonio. Porque sino se mueren de hambre.

★ De las señoritas que se ruborizan ante todo lo que su ignorancia hace «inconveniente para una señorita».

★ De las señoritas que ejercitan la caridad a través de las «Notas del Gran Mundo».

★ De las señoritas «que saben leer, pero son analfabetas».

★ De las señoritas que escriben con letra del «Sagrado Corazón»... porque de sus escritos lo más importante son los «picos» materiales, y lo menos importante las ideas.

★ De las señoritas que, sin saber ser mujeres, aspiran a ser madres.

★ De las señoritas que guardan su honestidad con «carabinas».

CASCABEL

caballos y suntuosos automóviles.

Quizá haya sido un error de la señora de Hoover quitar a la Casa Blanca el carácter de un palacio y de una corte, y no convertirse ella misma en un personaje «fabuloso» como una reina. Pero ella sabe que, de no actuar tan sencilla y laboriosamente como actúa, no podría ser una mujer conforme Hervert Hoover la precisa. Lou Henry sabe que ayudando a su marido, sirve mejor a su país.

EL FEMINISMO EN ESPAÑA

INTERVIU AL MARGEN DE UN LIBRO

CONFORME noticiaron oportunamente estas "Páginas Femeninas" de LA CALLE, Santiago Valentí y Camp, feminista y feminizante pensador, investigador, escritor al que no se ha hecho justicia todavía, ha publicado un nuevo libro: "La mujer ante el amor y frente a la vida".

Tal ha sido el "suceso" obtenido por la obra, que su autor, siempre a la vanguardia del feminismo español, ocupa hoy, para la curiosidad de las gentes, el más destacado primer plano.

Por ello, fieles a la actualidad de los valores verdaderos, hemos considerado muy interesante entrevistar a Valentí y Camp. Y el diálogo de la interviu ha sido este:

—¿Cómo y porqué escribió su libro?—le preguntamos.

—¡Querido Fuenmayor!... Si usted no fuera un cordial amigo y un excelente compañero, mi respuesta sería asegurarle que yo no me considero con título alguno para ser entrevistado. Soy un hombre modesto naturalmente, pero he de advertirle que desde que me alejara de la política militante, en 1915, me refugié en la humildad para consagrarme por entero a la indagación sociológica. El escritor que vincula la actividad por completo a la tarea pesquisadora con objeto de despejar incógnitas para tratar de descifrar el gergolífico de la existencia de las comunidades aunque el éxito acompañe su afanoso laboreo, a medida que avanza se siente empequeñecido ante el grandioso panorama que descubre. Por un cúmulo de razones que no acierto a explicar, debo confesarle que no tengo una noción diáfana de cómo surgiera en mi espíritu el propósito de escribir el volumen "La mujer ante el amor y frente a la vida". Creo recordar, tras un esfuerzo un poco trabajoso que, como diría Quevedo, soy el menor padre de todos. Un día, versando con mi amigo dilecto José Elizalde, comencé a ordenar, in mente, ideas, imágenes, símbolos, alegorías, datos, reminiscencias de lecturas, y, al cabo de unos meses—no puedo precisar cuántos—me encontré el libro es-

crito. No niego que experimenté una cierta alegría al ver que el propósito no se había frustrado y que, en las cuartillas, había logrado sistematizar una concepción doctrinal que condensa una buena parte de los anhelos del corazón y de las inquietudes que desde la mocedad habíanme torturado.

—¿Está usted satisfecho del éxito del libro?

—Esta pregunta habré de dejarla sin contestación. He de ser absolutamente sincero y no debo ocultarle que jamás me he preocupado del resultado que mis modestas producciones alcancen.

—¿Cuál es su visión del pasado, del presente y del porvenir de la mujer, y del Feminismo en España?

—Considero que, en nuestro país, la mujer, con más rapidez que en otras naciones, conseguirá desenvolver su intelectualidad, y que en todas las profesiones liberales podrá revelar sus aptitudes y cualidades. Ya actualmente algunos núcleos femeninos han patentizado que nada humano les es ajeno.

—¿Qué sistema considera usted más eficaz para la educación de la mujer?

—Yo soy partidario, a ultranza, de la coeducación. Mi criterio es, en materia pedagógica, radicalísimo; por esto considero absurda y monstruosa toda limitación. La hembra humana, como el varón, puede, si tiene aptitud y vocación, cultivar todas las ramas del saber, desempeñar cargos oficiales y ejercer las diversas funciones inherentes a la vida del Estado y de los organismos colectivos.

—¿Qué libros prepara usted?

—Estoy, actualmente, terminando de revisar los posteriores capítulos del volumen "Eva redimida y redentora", el último de la trilogía acerca de la mujer y el Feminismo. Seguramente será éste el más filosófico de la serie. Desde luego, estimo que es aquél en que habré reflejado lo más íntimo de mi espíritu.

—¿Qué le falta y qué le sobra, en su opinión, a la mujer española?

—Lo que durante mis via-

jes por España he podido advertir es que nuestra mujer se desconoce a sí misma. De ahí que, hasta hace pocos años, se sometiera a la férula del varón sin gesto alguno de protesta, como en otros países. Lo único que el observador podía descubrir en el ánimo de la fémina era la displicencia y un como demajamiento del espíritu. Le falta capacidad para la rebeldía, poder para reaccionar, energía para vivir su vida. Le sobra la desconfianza, el recelo, el temor. Ante lo desconocido y frente a los problemas vitales se sentía sobrecogida y su actitud no era otra que la resistencia pasiva y, por esto, ni el bien ni el mal la incitaban a desenvolverse. Ahora, felizmente, de un brinco—que diría José Ortega y Gasset—se ha equiparado al hombre. El legislador clarividente ha ahorrado a la mujer inúmeros sacrificios y agonías. Los dirigentes de la República, generosamente, han tenido el bello gesto de evitar a la feminidad española la ardua tarea de difundir y propagar los postulados del credo liberador de la mujer.

—¿Cómo compulsa usted los efectos de sus libros en el público? ¿Recibe usted cartas de lectores? Cuénteme usted una anécdota.

—Para llevar a cabo una tarea tan oscura como el cultivo de la Sociología es preciso aguzar el espíritu analítico. Descubrir las leyes sociológicas exige abrir las potencias del espíritu de par en par. Es labor de todas las horas y todos los días. No existe hecho social alguno que no tenga un significado.

Mi principal instrumento de psicología, moral, derecho y educación, los opúsculos, las revistas y los periódicos diarios. Para seguir al día el movimiento bibliográfico, la actividad de las corporaciones doctas y de las instituciones culturales, entidades societarias y asociaciones constituidas por mujeres, las feminizantes y las netamente feministas, leo, anoto, tomo apuntes, viajo y converso.

Como a todo propagandista, me han ocurrido cosas

pintorescas; a mi paso por la dirección de dos importantes bibliotecas culturales y sociológicas me ocurrió el hecho paradójico de confiar a Edmundo González Blanco un libro que fuera fiel reflejo del despertar de la iniciativa femenina y me hallé, al recibir su trabajo, con un libro ferozmente antifeminista y hostil a toda reivindicación, no ya en lo político, sino en cuanto atañe a la más leve transformación de la vida de la sociedad para permitir el acceso de la mujer a las actividades del espíritu. Publiqué el libro de González Blanco para dar una prueba de tolerancia, no obstante contradecir aquel erudito escritor mis más profundas convicciones. Otra anécdota: Hace veintitantos años, un grupo de amigos rogóme que aceptase la invitación del Ateneo Barcelonés para dar unas conferencias acerca de la vida y la obra de la famosa pedagoga sueca Elena Key. Al exponer la doctrina de la libertad de amar, de los derechos de la madre soltera y de la creciente descomposición de la familia y la bancarrota del matrimonio, una parte del público, y singularmente algunas "señoras de su casa", inició una protesta, que fué ahogada por un aplauso fragoroso.

Contra mi propósito, que se cifra en vivir en la oscuridad, hube de convertirme en panegirista de las teorías de Elena Key, y publiqué artículos en periódicos y revistas y divulgué los libros de aquella genialísima mujer que, en Suecia, era designada con el apelativo de "reina sin corona", tantos y tales eran sus méritos y virtudes.

No quiero ocultarle, amigo Fuenmayor, que considero el título que más estimo en mi vida el haber sido el principal vulgarizador en España de la libertad de amar, única y exclusiva manera de enaltecer el misterio del amor, fuente de la vida y base de la felicidad terrena...

Y... nada más. Ya abusé bastante de la bondad propicia de este gran hombre modesto que se llama Santiago Valentí y Camp.

Domingo de FUENMAYOR

Asi
era

Don Crisanto

por

Pedro Barragán



ERA tan puntual don Crisanto en todos los actos de su vida que aquel paseo cotidiano que acostumbraba a dar por encima de la vieja muralla, desalmenada a fuerza de mascar años, servía de regulador y cronómetro a las comadres de las calles solitarias por donde regresaba a su caserón de la Alta de San Blas.

—¡Toñica!—o Juanica, Pepica o Huertas—. ¡Echa el guiso a las papas que pasa don Crisanto!

Como don Crisanto todo lo que tenía de entusiasta de la Arqueología, de devoto de la Virgen de la Cabeza y de ceremonioso con las personas comedidas y sesudas, lo tenía de mal genio y de reacción ácida cuando entendía atacaban su dignidad de señor de "nacencia"—como decían pintorescamente en su clasificación social las gentes de Campovaqueros—y de descendiente de una dinastía inacabable de caciques, camaristas y mayordomos de la Virgen y hasta generales, exclamaba iracundo:

—¡Oye, grandísima tal, aún no he quedado para marcar el paso a los pendones!

Y continuaba calle arriba tan estirado, con su andar de santo llevado en andas, embutido en aquel abrigo azul, entallado, al que había alcanzado la moda en su carrera, y con su gran tapabocas de piel de liebre, sus pantalones inverosímilmente estrechos y tocado con un sombrero de amplia halda.

Era una institución en Campovaqueros.

Se contaban de él cosas famosas.

Una noche encontró un caracol trasteando en la estantería de la cerería donde acostumbraba a asistir los jueves a una tertulia y donde se reunían, además del cerero, dos canónigos de la Colegiata, un fotógrafo francés expulsado de su país en tiempos de Deroulede y un médico que no creía en microbios y que aseguraba que el más pequeño por él conocido era el ratón.

Como una de las aficiones, la que casi definía la tertulia, era la de la Arqueología y el estudio del pasado observado desde el punto de vista local, produjo sensación el hallazgo del gasterópodo cuando don Crisanto lo diputó por

un curioso e interesantísimo fósil, después de extraerlo cuidadosamente de entre unas hojas de capitel románico recogidas por el cerero en una abadía arruinada junto a Florderibera.

Tuvo la debilidad el cerero de no negar el conocimiento de la existencia en su poder del supuesto fósil y asintió con una sonrisita de hombre enterado.

—Ve a n ustedes; siempre sostuve—decía don Crisanto—, siempre sostuve la existencia de terrenos primarios en nuestra por tantos aspectos privilegiada ciudad. Existen, ¡sí, señor! Contra la opinión de las lumbreras (con retintín) que nos envían acá las Academias oficiales. Este ejemplar es una fehaciente prueba de mi aserto.

Y el bueno de don Crisanto metió, con ánimo de lavarlo, el bicho en el vaso de agua de la Fuensanta, que, con un azucarillo y después del chocolate, tomaban los contertulios pagándolo religiosamente a escote.

Lanzóse el conferenciante a brida suelta por el campo de la fantasía histórica y prehistórica y fué en el momento en que, con vuelo de gerifalte, se cernía sobre los milenarios, cuando se atrevió el sobrino del canónigo Torquemada a musitar ante tan grave senado:

—¡Don Crisanto! ¡Don Crisanto! ¡Que se le marcha a usted el fósil!

Aseguran en el casino de campovaqueros la veracidad del hecho de que el caracol, al sentir la frialdad y el peligro de la inmersión, había sacado del caparazón el baboso cuerpo y, tirando de a qué precipitadamente, se puso en camino, en busca de zonas más salutíferas por elevadas. Pero, ¡vaya usted a saber!, probablemente todo esto será una mentira. Una invención venenosa de aquella otra reunión casinera e inculta, más aficionada a beber conac y aguardiente de Ruté que a abrevarse en la clara linfa de Castalia. Ahora, lo que si es cierto es que don Crisanto, que regateaba por una moneda de diez céntimos los pedruscos, pedazos de metal, almíreces, velones y aldabones que le llevaban sus cazurros convecinos y los peones y labriegos de los Tablones y Majamadre, se veía obligado, por debilidad paternal, a verter un río de plata, que lo iba dejando exhausto, como

pago de las deudas, trifulcas y embrollos de su cínico hijo, Juan de Mata.

Unas veces eran juicios de faltas con motivo de un descalzaperros con el zapatero porque, después de haberle asegurado "chillarían" las botas al andar, cosa que encantaba al niño, pues encontraba le deba prestancia, bizarría y, además, estaba de moda, resultaba que no "chillaban": descuido que el mozuelo pretendía subsanar proponiendo al "artista" se tragara su obra.

Otras, jaleos en los ventorrillos del contorno o en las casas de mala nota de detrás de Santiago; jaleos que terminaban con el inevitable pinchazo de la faca o el disparo, que no siempre se perdía en el aire.

Alguna vez, para demostrar los sentimientos igualitarios y demócratas, tal cual jollín, bien con gitanos esquiladores de los obligados por la Guardia civil a llevar envuelta en siete varas de cinta catalana la herramienta del oficio, o algún que otro desacato a la autoridad municipal en la persona de algún "guindilla".

No hay que hablar de cuentas de chalanes por los potros que montaba Juanito, ni de deudas de juego, ni de facturas de sastres y guarnicioneros: en fin, ¡¡un encanto de chico!!

El mercado, colocado en la plaza de la Constitución, enmarcada por la Colegiata churrigueresca y el Ayuntamiento, a horcajadas sobre la entrada de la calle del Aguila, y la casa de Canónigos, también con un túnel por donde se pasaba a la Cava de los plateros, estaba repleto de vendedores y compradores. Averío, granos, frutas, cerámica basta del país, sillas de madera blanca amarillenta que parecían de cera, flores de papel de colores agrios, albardas, colleras, mantas, ruedas de espartos, zoleas.

Delante de su puesto, sentado en una silla baja de enea, estaba con impasibilidad momentánea Manuel el Choto, cuando se le acercó Joseico el "Corneta".

—¡Alegra esa cara, Manuel! ¡Alegra esa jeta! Que te has de hacer más rico que un potosín y tendrás esa fisionomía de cenizo y esganao.

—No se vende naá—(con voz cavernosa), no se vende

¡Naá. Yo no sé dónde bebe la gente, dónde guisa la gente, dónde come la gente. No se rompe naá, no se compra naá, no se vende naá. Dinde las siete de la mañana yo hecho aña un clavo pa vender un pucherillo y un calentacamas... y eso con regateo.

—Hombre, después de tiempos malos vienen otros peores—dijo Joseico, que era de un humorismo acibarado—y no todas las cosas que se rompen se compran; hay que conformarse, Manuer. Y te digo a ti como cuestión de amigos que hay cosas que al romperse se quiebra con ella la dignidad y la vergüenza. Claro que yo, Joseico el “Corneta”, no soy al igual que otros, y cuando veo a un amigo en lenguas, pues, prefiero ir y avisarlos. Las mujeres, son las mujeres...

Miró ceñudo a Joseico, Manuel. Las reticencias y la insidia de su compinche, a quien de sobra conocía, picaron su amor propio de hombre majo y puntilloso:

—A mí no me vengas con monsergas: a mí me dices pronto lo que tengas que decirme. Ya me conoces. A Manuer el Choto no lo afrenta dengún nacido.

—¡No lo tomes tan asina, Manuer!

—¿Quieres reventar de una vez, sí u no? Déjate de letra menúa y al avío.

—Manuer; no es pá que te sobresaltes ni pá que te dé una subía de sangre. A más, pué que sea mentira, ¡vaya usté a saber! Es al referente de si tu hija Consuelo está así o asás. Cuestión del hijo de don Crisanto. ¡Vaya usté a saber! Que si los han pillao, que si no los han pillao... Total, naá. ¡Vaya usté a saber!

Dió un salto por cima del montón de cazuelas el Choto e hizo cantar al “Corneta” lo que sabía o creía saber:

—“Una perdición..., la perdición de una casa y un hombre, “Corneta.”

Para calmar a: desventurado padre y para ver las cosas en su punto, unos dicen que por iniciativa de Joseico y otros que por la de aquél, se dirigieron a la taberna y allí, en tal laboratorio, analizaron las motas que maculaban el honor del Choto, acordando que el mejor disolvente para ellas era: la conminación a don Crisanto para que interpusiera su autoridad de padre para obligar al hijo a reparar su falta. En caso de

que fuera inútil esta diligencia, la cuestión personal con el seductor se imponía, que para eso estaba él, el ofendido, con su faca y su pistolón del quince que metía unos “berrios” que semejaba un cañón de Marina.

* *

Después de una escena que tuvo por espectadores a todo el barrio, escena en la que el número de fuerza fué la huida a casa de una parienta de la muchacha, no tan ágil ésta como hubiera sido de

mente el camino de vuelta. Se resistió la otra, poniendo en el arco la flecha sentimental, pero ¡a buena parte disparaba! Allá que se las compusiera y sacara a Consuelo del compromiso. ¡No sería la primera vez que había intervenido en aquellos menesteres por otras mozuelas, que lo hiciera ahora por su hija! Después de todo, ¡cualquiera adivinaba quién era el autor de aquel desaguisado!

No pudo ya la Francisca aguantar más. Sacó a relucir las condiciones de la chica,

solemne y campanuda, se oyó la voz de don Crisanto.

—Juan de la Mata, Juan de la Mata, ¡qué tumulto es este?

* *

Cuando regresó a su casa la embajadora, con un ojo lloraba y con el otro reía. Ahogándose por la carrera y por la emoción, explicó a su marido, mientras se anudaba nerviosamente debajo de la barba el pañuelo de la cabeza, cogiendo una punta con los dientes y la otra con la mano, la actitud del muchacho; la serenidad y “señorío” del padre arrojándolo de su presencia y la promesa terminante de que todo quedaría satisfecho y en el punto que debía quedar para el buen nombre de todos. Un Gaitanejo—taí era el apellido de don Crisanto—no faltaba nunca a su deber, pasara lo que pasara. ¡Antes fenecer!, fueron sus palabras.

—Ese es un hombre y un caballero; este es un hombre, y le parto el cuello a quien diga que no. ¡Eso es señorío y saber lo que se merecen los pobres!—gritaba, emocionado, el dolorido padre, que ya se veía instalado a mesa y mantel en la mansión señorial de los Gaitanejos.

Y era lo que él decía aquella noche en la taberna con el sombrero de ala plana en la coronilla y un caracol de pelo sobre la frente, y la punta de la vaina de hojadelata de la faca asomando por el forro escocés de la cazadora.

—Yo lo que quiero es la honra; más que la honra no hay naá en el mundo, “Corneta”, y lo mismo te digo Fulgencio (al tabernero), y esta “movición” de don Crisanto me ha llegado a lo hondo y me mataré con el que le falte, porque lo quiero, naá más que por eso, más que a mi padre. Y he de mirar por su hacienda como si fuera mía, y fuera pillos. Se ha acabado ya esa ladronería que hacen con el mejor caballero del mundo.

Y para que todos se afirmaran más y más, invitó a una ronda de lo que quisieran a todos los presentes, bien es verdad que como todo eran trastornos y gastos en aquellos días, la tuvo que abonar el “Corneta”, que, por no tener conflictos familiares, estaba en fondos providencialmente.

Como pública era la ofensa, pública debía ser la reivindi-



desear para la integridad del honor de la familia, marchó como embajadora la madre a entrevistarse con don Crisanto.

La pobre mujer se ahogaba cuando llegó al caserón donde vivía el galán, a quien, por su desgracia, se tropezó la Francisca—así se llamaba la consorte del Choto—cuando hubo pasado la puerta de renegridos cuarterones que se abría al final de la escalera de dos ramales.

El joven pinturero quiso hacerla emprender violenta-

heredera directa de sus virtudes.

Cínico y garboso replicó Juanito. Estallaron los jiplos y las palabras gruesas. Trinaron los canarios colgados en la galería, excitados por el jaleo. Medió el viejo criado, entrando con el manojo de esparto debajo del brazo y la pleyta que tejía con manos temblorosas, arrastrando como una serpiente.

Se oyeron pasos en el piso de arriba, luego el crujir del maderamen de la escalera y,

EL ANIVERSARIO PERDIDO

YA NADIE SE ACUERDA DE NAPOLEON

EL día 5 del mes actual debían haber celebrado los afectos a la reacción francesa el aniversario de la muerte de Napoleón. Pero, por fortuna, no fué así. En honor de nuestros amigos y aun en el de nuestros enemigos de más allá de los Pirineos, nos cumple recordar en esta fecha, ya que ellos no lo hacen, que la memoria de Napoleón es muy poco grata a los franceses. Con lo que quiere decirse que cada francés sabe lo que en realidad representaba Bonaparte. Y que no fué otra cosa si no un precursor de las dictaduras, que es como decir de las tiranías que le han sucedido en latitudes varias. Sin existir Napoleón, no hubiera existido Mussolini, no hubiera existido Primo de Rivera. En cuanto a las demás dictaduras que asolan a Europa y que, en realidad, son los orígenes dispersos de la actual inquietud unificada, son a su vez derivaciones y consecuencias del mismo origen.

El buen francés, que, digan lo que digan sus enemigos, ama, sobre todas las cosas, la libertad en sus conceptos tradicionales y evidentes, no olvida que Napoleón hubo de arrebatársela y con astucia de corso, después de haberla conseguido, a merced de la Revolución. Los franceses, al derrocar a Napoleón, obraron lo mismo que al derrocar a los reyes. Todo ello fué obra

de su sentido individualista de la vida, que, después de todo, puede que en final de cuentas no sea una virtud, sino un gran pecado.

Pero, no obstante, el día 5 suelen visitar su magnífica tumba esos hombres absurdos que aún existen, como supervivientes de la divertida aristocracia que fundó el mismo Napoleón para divertir a su

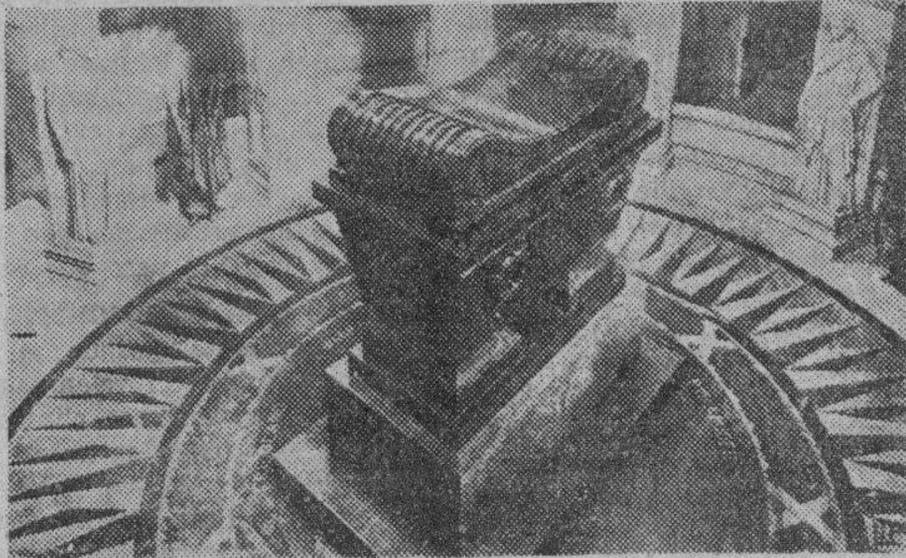
mujer. A la cabeza de tal aristocracia figura el príncipe Murat. El es el que todos los años grita con un discreto impulso ante la tumba de Bonaparte:

—¡Viva el emperador!

Unos hombres que llevan unas banderas y que significan acá una cosa semejante a lo que significan en Madrid los milicianos nacionales, dicen a su vez:

—¡Viva!

Inclínense las banderas sobre el gran sarcófago de Napoleón y nada más. El príncipe se despide de sus secuaces hasta el 5 de mayo siguiente. A la postre se contentan con poco: un viva coreado como en una boda popular y se acabó. Mientras las breves legiones reaccionarias no pasan de ahí, molestan poco. Ya nos daríamos por contentos con que las nuestras procediesen con esta misma conducta.



LA TUMBA DE NAPOLEN I, EN LOS INVALIDOS

GIL ALONSO

cación. De la taberna de Fulgencio se encaminaron los dos cofrades a la Desideria, y de allí a la de Pedreño, y de allí a otra y a otra: total, a las dos de la madrugada, trágicamente enloquecidos por el alcohol. Con esa volubilidad de criterio propio de los borrachos profesionales que ellos mismos se exaltan y llegan en un instante a las más contradictorias opiniones, hicieron su aparición apoteósica en un establecimiento de bebidas de la Corredera. En un grupo, delante del mostrador, con la capa de embozos verdes y rojos terciada y el sombrero sevillano afelpado, estaba Juan de Mata, rodeado de aquella corte de admiradores que llevaba siempre pegados al cuerpo como las ventosas de un pulpo.

Hubo un silencio angustioso cuando el Choto, después de un "¡buenas noches, caballeros!", con actitud provocativa invitó a todos a tomar una copa y, cogiendo una con mano temblorosa, se dirigió tambaleándose y con la mirada turbia a Juan de Mata:

—A ti tengo yo gusto en "osequiarte" en persona. Estos amigos dispensarán, pero

han de hacerse cargo de que algo ha de haber de franqueza y gusto, y no es, señores, despreciar a nadie, entre, como si dijéramos, la familia.

—Ni tú eres ni serás de mi familia, ni yo tomo nada de esa mano ladrona.

Dijo, y se hizo un paso atrás, mientras de un manotón vertía el vaso que le ofrecían.

—¡Está bien, señores; muy bien! Y yo, que, claro..., en estas cosas de gustos, pues, respeto el de los demás, también pido me respeten los míos... (acercándose poco a poco a Juan, habiéndose echado antes la punta de la capa en el hombre), el zagal no quiere "lechanis"... , pues no lo toma (tartamudeando) y yo..., que también tengo el mío..., pues voy y digo...

Y, rápido como un rayo, sacó de debajo de la capa la faca, quitando la vaina con los dientes, y, sin que los demás, que, dispuestos a intervenir, miraban, pudieran evitarlo, cayó sobre Juan de Mata, que, jactancioso, lo miraba, y hundió el cuchillo en el vientre del muchacho, que cayó hacia atrás con un can-

to funeral de voces, cristalería rota, mesas y banquetas que se vuelvan.

Todo fué inútil. Los dos contertulios canónigos se encerraron con don Crisanto, que, todo enlutado, los recibió en la biblioteca, entre escudos nobiliarios de piedra, espadones, libracos y sillones fraileros. Todo fué inútil. Su argumento era: así como había pagado otras deudas de Juan de Mata, pagaría también aquella otra, dando el nombre a lo que naciera y casándose él, claro que sólo por darle estado legal, con la chica. Los canónigos se pusieron las manos en la cabeza ante aquella locura servil sin precedentes y para cuya solución, por más que se rasaban la cabeza, no encontraban fórmula en aquel recetario casuístico que aprendieron en el Seminario.

Apelaron a todos los medios. Todo inútil. Por otra parte, los interesados procuraban sostener a don Crisanto en aquella tesitura, representando cada pocas horas escenas de desesperación por la honra en entredicho.

Mediaron parientes empujados. Se pensó hasta en una incapacitación. Cosa de la que se desistió por no provocar un escándalo mayor que el que se quería evitar y porque no se interpretara como codicia de presuntos herederos...

Y cuando el señor de Gaitanejo, cinco años más tarde, regresaba del paseo por encima de las murallas, llevando de la mano un niño espigado, de grandes ojos negros, las comadres de las calles solitarias que recorrían para ir a su caserón de la Alta de San Blas gritaban, desgarradas:

—¡Toñica! — o Juanica, o Pepica, o Huertas—, echa el guiso al arroz, que pasa don Crisanto y el niño de la bola!

Y toda una sinfonía de almirces retozones y retintineantes le acompañaban en su tránsito. Pero cada día don Crisanto lo notaba menos, y luego, que, también, había perdido aquella arrogancia para contestar:

—¡Oye, grandísima tall! ¡Aun no he quedado para marcar el paso a los pendo-

POR LA PUERTA GRANDE

DEJÉMOSLE ENTRAR...

La juventud no necesita presentación. Se presenta sola, con la audacia por estandarte, si se quiere, pero sola, porque la audacia es suya. Augusto Turlupine es joven, de esa juventud auténtica que no ha rezado todavía en las carteleras de la política ni de las artes, por mucho que se esfuercen en demostrarlo de otra forma los fariseos de las artes y de la política. De esa generación que, todavía, no ha explotado ningún editor "moins de vingt". Pero esto no sería nada, ni un reclamo periodístico, si Augusto Turlupine no tuviese más ejecutoria. Tiene libros, libros, parapetándole en una muralla china de cultura. Tiene papeles, muchos papeles, parapetándole en una armadura de ensayos y de crónicas. Y tiene libros, otra vez libros, tan suyos como ese "Virgilio", que es la única—¡la única, señores latinistas!—aportación ibérica al bimilenario del cisne de Mantua.

Y un haz de promesas, que le hace licitor de las vanguardias juveniles españolas, que lo pone al frente, no de los que son, sino de los que han de ser, emproando su mente hacia un futuro que la España republicana mece en sus brazos de madre. Futuro, futuro, ahincándose más allá del seiscientos borbónico, más allá todavía del pasado mañana.

Por eso sus ideas no son de la vanguardia histórica. Son de vanguardia simplemente, porque abren paso y miran, porque tienen ojos, como aquellos mascarones de proa que gustaban poner en sus bajeles los mercaderes-artistas del Renacimiento.

Otro libro: "Fortuny". Más que una crítica, más que una biografía, "Fortuny" es un breviario estético que encierra sugerencias y dice verdades. Cosa rara, porque la verdad tiene por respuesta un garrotazo siempre. Pero Augusto Turlupine tiene unas magníficas espaldas para recibirlos. Unas espaldas que son otra coraza.—J. R. de L.

YO AUGUSTO TURLUPINE, CRITICO DE ARTE

POR un mutuo convenio entre X, de LA CALLE, y yo, de la calle también, pero con minúsculas, comienzo en esta semana de mayo de mil novecientos treinta y dos a asomarme a esta rejilla del arte, que por benignidad de tal o cual circunstancia, abro yo mismo, en una continuación periódica.

Se nos ha rogado que en esta salida, segunda salida de mi quijotismo caballerescoandante de la crítica de la pintura y la escultura, fije mi posición. Con vulgaridad, que haga mi presentación yo mismo (1). De emoción he rasgado setenta pañuelos a la chita callando (¡esto es mentira!) Me ha parecido bien la idea. Si yo no hubiera de presentarme tal como soy, un amigo hubiera tenido que quemarme jabón en el incensario, quisiera o no quisiera quemarlo.

Era una buena ocasión para lucir sus habilidades de "crítico" (fijaos bien en la palabra) y para ganarse un amigo, como se ganan los amigos, adulando. Pero no, quien me presenta soy yo.

QUIEN SOY YO.—Tengo unos ojos pequeños, una boca grande y una nariz irregular... ¡Ah!, y veintiún años. De costumbre se me ve en el Café de la Rambla—de diez a doce de la noche—con un montón de libros bajo el brazo. Y con cuatro o cinco periódicos, todos de última hora. Me adorno también con unas matas de pelo "supergarçon" y una pipa recta, ñeja, de tres temporadas. Soy soltero... y sin compromiso. Soy... escritor (o escribidor, aún no he afirmado mi carácter

con seguridad respecto a la escritura) desde los catorce años, en que ya escribí unos versos a una novia que no tenía. Después me hice la ilusión de la bohemia, y he vivido en Palencia, Valladolid, Burgos, Zamora, Madrid y Barcelona, teniendo mientras cobraba (me ha hecho mucha gracia siempre aquella frase castellana de "tente mientras cobro" para demostrar lo vacilante del temperamental juvenil).

He pensado ante el arte, como puede pensar el que tiene un alma viajera picotona, a chispazos, y me ha parecido que lo que se hace bueno no se aprecia (¿cómo siempre?) y lo que se hace malo, sí. Que por ce o por be se emiten juicios de las cosas, del arte, que también es una cosa, sin antes acordarse quien lo hace a los faldellines de su propia cultura, y lo que es principal, de su propio gusto estético. Que a pesar de todas las revoluciones, ¡santas revoluciones!, que se han intentado para que el arte no decaiga, de esas revoluciones, a los no preparados ha venido el desconcierto.

Que los preparados son muy pocos, porque el encasillarse es muy fácil, al paso que el divagar es... muy difícil.

LOS QUE SON CONMIGO.—Son más interesantes que yo, indudablemente, porque se encasillan. Yo voy de aquí allá, chispazo sobre un relámpago de anemia cerebral que es mi cabeza. ¡Soy un caso clínico que anda por la calle, fuera de la clínica! (Otro miembro de mi definición que no había expresado.)

El encasillarse significa no avanzar. Como el tranvía que sufre una interrupción eléctrica.

¡Y el arte se tan progresivo!

CONCORDANCIAS.—En Villadecarín hay 14 vecinos y 15 conversaciones, porque entre 14, son las opiniones 15. Entre los que opinan para ilustrar a los no profesionales (?) hay 15 entre 14, también. De entenderse, nadie se entiende.

Cuando alguien os hable de arte, o de lo que sea, hacedle caso o no hacedle caso. Y a mí, lo mismo. Haced como aquel sabio lector de libros. Cuando leía un libro nuevo, si no le entendía a la primera intención, se preguntaba:

—¿Burro yo?

A la segunda, no entendiéndolo aún:

—¿Burro yo o burro él?

A la tercera, no entendiéndolo aún:

—¿Burro él?

Y a la cuarta, afirmaba:

—¡Burro él!

MI BREVIARIO ESTETICO.—¡Cada maestrillo tiene su librillo! Yo, sobre esta página, soy un maestrillo de arte. ¡Yo frente a los lectores! Yo tengo un librillo que tiene por índice estos capítulos:

1.º Todo el arte es una anécdota primordial.

2.º Como punto de partida debe tomarse una fecha, la de 1914 (cuya trascendencia ya explicaré en una de las próximas semanas a mis lectores, ¿eh?, ¡los mis lectores!)

3.º El arte verdadero es el que guarda una unidad de pensamiento, expresado en una unidad de tensión y una unidad de fuerza (H. P. o nervios, tan raros en la pintura mofletuda de hoy).

4.º Se debe huir todo localismo y todo el tipismo, pues de no huirlo el arte se hace comercio...

Y otros muchos capítulos que no puedo detallar aquí en un articulito de una página, y que detallaré en el libro que preparo "ad hoc" con el título de "Mi breviario de estética pictórico-escultórica".

¡Salud, mis lectores!

Augusto TURLUPINE

(1) Nuestro nuevo colaborador ignoraba que íbamos a saludar su entrada como lo hacemos.

E S C E N I C A S

T E M A S

Aquí, en Barcelona

COMO notas de ampliación a nuestro artículo "Una iniciativa", publicado hace quince días en esta misma sección, vamos a concretar hoy lo que sería esa unión o federación de autores nuevos—no nos gusta el calificativo, un tanto vivo, de "noveles"—de obras teatrales, a que nos referíamos.

Es popular, general, la creencia de que no hay un español que no haya escrito su drama. Nosotros no participamos íntegramente de esa creencia, pero sí afirmamos que son muchos los que tienen escrita una obra teatral y no pueden estrenarla. Desde luego, sabemos que muchas de esas obras inéditas, forzosamente inéditas, probablemente el 80 % de ellas, no son viables, no son teatrales, no son, en una palabra, obras. En unos casos, no pasan de "buenas intenciones"; en otros no llegan ni a eso: se trata sencillamente de disparatadas elucubraciones de tal o cual incompetente que se creyó escritor. Bien. Pero queda aún un 20 % de verdaderas, auténticas producciones escénicas. Y podemos aventurar que de ese porcentaje, una cuarta parte la constituyen obras de verdadero mérito, de valor indiscutible—formal y fundamental; ideológico y literario—; obras que obtendrían el título de maestras si lograran trasladarse desde el fondo del cajón de una mesa de escritorio hasta el escenario, hasta enfrentarse con el tribunal—supremo—del público y de la crítica—de la crítica imparcial, serena; no de la sistemática, rutinaria o pagada—.

Pues bien. Nosotros quisiéramos que tanto nuestro anterior artículo como éste, colofón de aquél, sirvieran de llamamiento a todos esos autores de obras inéditas. Y que, a consecuencia de esta llamada, llegara a ser una realidad la unión o federación de todos ellos; que constituidos, organizados, formaran una fuerza, una potencia, que fuese como avanzada en la defensa de nuestro género dramático, vapuleado, castigado, de una parte, por esa legión de falseadores del arte y mercaderes de la gracia—de una gracia burda y grosera—; de otra parte, por el arrollador empuje de la cinematografía, que cuenta con nuestra simpatía y admiración, más aún: con nuestra adhesión y encomio; pero que no debe ser un arte que venga a sustituir a otro, derribándolo, sino que venga a situarse a su lado, contrastándolo.

Los autores nuevos unidos, que formarían legión, lograrían bien pronto constituir una numerosa entidad y una voluminosa base económica, con que iniciar su desarrollo y alcanzar su auge.

Defendiendo causa tan noble como un arte que ha sido, acas el mejor heraldó, en todo el orbe, de la cultura racial, defenderían, al mismo tiempo, causa tan justa como los propios derechos morales y materiales, monopolizados bochornosamente en la actualidad por un "profesionalismo" absorbente y hermético; por un exclusivismo atentatorio contra la integridad—pureza fundamental—inherente a todo arte.

He aquí las finalidades de la unión o federación de autores dramáticos desconocidos que—lo creemos firmemente—es necesario que se constituya en España.

Manuel de TALMA

POLIORAMA INAUGURO SU TEMPORADA DE VARIETADES

Otra vez «varietés» en el Poliorama, con un programa completísimo.

Más que aceptable es este que nos ofrecen por primera vez en el Poliorama. Programa vario, nuevo e incluso viejo, pero que llena a maravilla el cometido propuesto.

Comienza el desfile con los clásicos juegos malabares. The Gronways, son lo bastante notables para que por sí sólo constituyan un buen plato fuerte. El número es aplaudido y gusta. «Los Orfeos» ofrecen una afortunada mezcla de números de music-hall o de revista. Es una buena orquestina que lleva un saxofón notabilísimo y que en conjunto cumplen admirablemente. Mari-López tiene una bonita voz y Turquesita baila unos zapateados con energía y buen conocimiento de su arte. Los que de veras son una atracción son estos Fina Lewis Wine, que bordan, más que danzan, un buen puñado de bailes desencajados, de ritmo variadísimo.

Luego los The Hungría, que es todo un señor número, como esta troupe rusa. Los Burlakoff, que hacen prodigios con las piernas y con los brazos. Emocionante con mucho.

Y si no bastase, ahí está Adeline Durán que baila como quien anda, con una naturalidad que, por serlo, pone en sus danzas un fino sentido de la ironía que las hace más vivas y más graciosas.

Una comedia de Francisco Presas en el Romea

NECESIDADES de compaginación no nos permiten dar la reseña correspondiente al estreno de la última obra de Francisco Presas, que habrá tenido lugar en el Romea cuando este número se halle en manos de los lectores y a la que en la próxima semana consagraremos el merecido espacio.

El título de la obra es «Angélica Grelot, estrella de moda», y así por su tema como por su desarrollo, «Angélica

Luisita Estesos no encaja en lo de «canzonetista». No encaja, porque Luisita Estesos es mucho más. Es una mujer llena de sal, de una expresión tan múltiple, y de una espontaneidad tal, que basta su presencia para adueñarse inmediatamente del público, que aplaude a más no poder.

En fin, un buen comienzo de temporada.

EN EL GOYA, DEBUTARON LAS HUESTES DE LA ZUFFOLI Y BONAFÉ

Con el éxito que era fácil presumir hizo su presentación en el teatro Goya la notable compañía de comedias titular del teatro Figaro, de Madrid, de la que son primerísimas figuras Eugenia Zúffoli y el primer actor y director Juan Bonafé.

El debut de la compañía se efectuó con la preciosa comedia de los hermanos Quintero «Nena Teruel», de la que hace una gran creación la compañía de la Zúffoli y Bonafé, que siguió en programa de tarde el domingo.

El domingo por la noche se repuso la interesantísima comedia de don Francisco Serrano Anguita, «Papá Gutiérrez».

El lunes fué renovado el cartel, dándose en función de noche «Nena Teruel».

Hoy, martes, a la hora en que hemos de dar a las cajas esta nota, se está estrenando la comedia en tres actos y en verso, original del ilustre poeta Angel Lázaro «La hija de Tabernero».

Grelot» se aleja en absoluto de lo que conocemos del teatro catalán. Comedia de acción, finamente atrevida sin chabacanerías, esta última obra de Francisco Presas habrá constituido para muchos la revelación de un gran valor en la escena catalana, hoy reducida a expresión tan mínima que no parece sino que se encuentre en plena decadencia. Que no es así puede que valore como el de Francisco Presas se encarguen de demostrarlo.

CANDILEJAS MADRILEÑAS

EL POETA Y SUS DRAMAS RURALES

Carabel y sus desgracias

CUANDO a un autor dramático se le ocurre escribir un drama rural, difícilmente sabe sacudirse el prejuicio ese de los «pueblos de drama» con sus muñecos de semejante silueta a través de múltiples generaciones. Si el autor es poeta, el hombre de la butaca sabe buscar en la palabra la originalidad y belleza deseada.

Yo temo mucho a los dramas de pueblo, tanto como a las comedias de veraneantes y a los sainetes de corralón. Me parecen siempre obras escritas sin grandes preocupaciones, para cumplir un compromiso y ganar determinadas pesetas. Desde luego todo, menos arte y teatro. A veces de entre estos dramas campesinos brota uno pleno de «alegría dramática»; es cuando Marquina encuentra un asunto completamente humano y vierte en él la gracia de sus ritmos. Pero ello no puede ser cosa de todas las temporadas y para la misma actriz. El éxito de «La ermita, la fuente y el río» debió ser el final de unas comedias del mismo trazo.

Quiere todo esto decir que «Los Julianes» no los hubie-

ran tolerado en prosa y los aplaudimos en verso, y si de ello debe alegrarse el poeta, no tanto el autor, quien se desdibujó hasta perderse en lugares comunes de la acción, que ella también puede tenerlos.

Margarita Xirgu y sus compañeros desdoblaron otras de sus incorporaciones. Un día hablaremos del esfuerzo y arte de esta mujer, a la que la fortuna ha vuelto la espalda en su actual temporada del Español.

**

Y es preciso registrar con dolor otro fracaso: el de «El malvado Carabel», comedia desprendida de una novela de Fernández Flórez, por Torres del Alamo y Asenjo, con la fortuna que se preveía, ya que la novela—endable—del gran humorista, si de alguien pudo ser adaptada era del propio autor, para que conservara, si podía, aquella gracia sonriente que es su médula. En manos de unos saineteros madrileños, ahitos de sal gorda y de los decires arnichescos de los barrios bajos, Carabel no era ni su sombra,



Valeriano León y Aurora Redondo en una escena del segundo acto del Malvado Carabel"

como no podía menos de suceder.

Lástima grande perder el tiempo en estas cosas y hundir a los actores hasta el amaneramiento. Valeriano León hace siempre el mismo tipo y iclaro!..

La temporada teatral que termina ha sido un desastre. Pero, escúchame, lector, cuando se ha llamado al público inteligentemente, ha ido al teatro.

L. de A.

Allá, en América

EN MEJICO REAPARECE VILCHES

Ernesto Vilches, otro de los que se reintegran al teatro después de la aventura del cine, se ha presentado en el teatro Arbeu, de Méjico, con una compañía formada casi totalmente por artistas del país. La primera actriz es María Conesa, tiple de opereta que conocimos hace diez o doce años como cupletista.

El debut se celebró con «El eterno don Juan».

**

En el Ideal, de la capital federal de Méjico, se ha estrenado con éxito la comedia de Fernández Lepina «María, o la hija de un tendero», estrenada en Madrid por Loreto Prado y Enrique Chicote la temporada última.

También con favorable acogida se estrenó en el Ideal mejicano «¡A divorciarse tocan!», dada a conocer en Madrid hace

unos meses por la compañía titular del teatro Cómico.

RAMBAL, EN PUERTO RICO

En San Juan de Puerto Rico ha debutado la compañía de Enrique Rambal, en la que figuran ahora Luisa Rodrigo, Paco Fuentes y Francisco Rodrigo.

El repertorio rambalesco ha experimentado grandes variedades. Con «La marca del zorro», «El Conde de Monte-Cristo» y «Las mil y una noches», alternan «Pipiola», «Fuente escondida» y «Pégame, Luciano».

SALVADOR VIDEGAIN, EN BUENOS AIRES

Ha llegado a Buenos Aires el primer actor Salvador Videgain para ponerse al frente de la compañía de zarzuela española que trabaja en el teatro de la Comedia.



Alfonso Muñoz y Margarita Xirgu.—«Los Julianes»

CINEMATOGRAFICAS

Un muerto que todavía vive en la imaginación de algunas mujeres



SI Rodolfo Valentino viviera, sería un disparate creer en la verosimilitud de la noticia que nos llega desde América y amplían algunos diarios neoyorkinos. Pero como no es así, supuesto que si el gran amador de la pantalla existe es sólo en la imaginación de algunas mujeres, la curiosidad nos mueve al comentario, hace que creamos en aquella y hasta pensamos en algo que a dicho malogrado artista concierne.

¿Habrá hecho mella en el ánimo de Pola Negri semejante noticia? ¿No fingiría Nazimova frente al espejo de sus recuerdos unas lagrimitas piadosas? ¡Cualquiera lo sabe! Tal vez ni la que fué para el artista el último y gran amor de su vida, haya vuelto a acordarse de su memoria. Ni siquiera sabrá que en el libro que la regaló, ese libro escrito por él se hallan ya marchitas las flores del sentimiento. Sobre el desfile de bellezas femeniles, se han alzado lutos evocadores. También lágrimas de verdadera compasión; pero las que las han vertido con seguridad que son las que menos tuvieron que ver con el artista y lo amaron en silencio, como algo lejano e imposible.

Según confesión de Roger Petterson, encargado del cementerio de Hollywood, desde hace tiempo venía notando que el número de curiosos que visitaban la tumba de Rodolfo Valentino, aparte de ser muy numeroso incurría en algunas

En la ciudad del Cine, han intentado apoderarse de los restos del inolvidable artista Rodolfo Valentino

extravagancias poco agradables. Con tal motivo hizo que aumentase la vigilancia, al objeto de ponerse a resguardo de posibles incidentes.

Transcurrieron los días. Sus temores no parecían tener gran fundamento. Pero hete aquí que a mediados del mes pasado, a eso de las doce de la noche, se vió Petterson sorprendido por la presencia de unos enmascarados que a todo trance querían llevarse los restos del artista. Dialogaron las pistolas, el pánico cundió alrededor de aquel lugar y mal hubieran quedado los encargados de su custodia a no ser por el timbre de alarma que movilizó a la policía e hizo huir a los desconocidos.

La declaración que del hecho hizo Petterson, no puede ser más curiosa y, por tanto, digna de reproducirse en parte. Dice así, refiriéndose a la monomanía de algunas mujeres que solían visitar con frecuencia la tumba de Rodolfo Valentino: «Pero a esto ya estábamos acostumbrados cuando ha empezado a circular el rumor de que el espíritu de Rodolfo Valentino se aparece a todas las que saben llamar su atención y ya tenemos a cualquier hora del día o de la noche ante la tumba mujeres de todas las edades que rezan, lloran e invocan la aparición de su espíritu. Como es natural son muchas las que creen que el espíritu de Valentino aparece a media noche y desaparece con las primeras claridades del amanecer; alrededor de las doce de la noche entran en el cementerio gran número de mujeres que pacientemente esperan un día y otro inútilmente la tal aparición.»

De ahí que el jefe de policía de Los Angeles haya mandado poner una guardia especial en el cementerio de Hollywood, tras haber dicho a los

Como podrá apreciarse el relato tiene algo extraño y divertido que llega a lo folletinesco. Muy propio de la ciudad del celuloide donde tantas mentiras se inventan todos los días, aunque ésta de que nos ocupamos pueda ser creída.

Al leer que en Cinelandia han querido robar los restos de Rodolfo Valentino, no hemos podido menos que recordar a Ivonne Renard. ¿Sabéis quién es Ivonne Renard? Una francesita flexible y delicada pese a la madurez de sus años de la que no hace mucho nos ocupamos con motivo de haber tomado la resolución de crear en París el Museo Rodolfo Valentino. Esta mujer todo voluntad e inteligencia que como una moderna Margarita Gautier debió amar a dicho artista, se decidió un buen día a poner en práctica un bello proyecto que había de costarle mucho dinero y no pocos disgustos. Y fué precisamente dar forma a la idea de que el más grande amador de la pantalla tuviera un museo en la hermosa ciudad del Sena, donde se rindiera no sólo culto a su arte sino también a su memoria. Con tal motivo abrió su bolsa y luego de viajar por las principales ciudades de Europa periodistas un si es no es zumbón: «De la vida de los vivos como del reposo de los muertos, la policía responde.» ropa, siendo más duradera su estancia en Castellaneta, la ciudad que viera nacer al ídolo que fué de las mujeres, consiguió reunir algunos cientos de fotografías, varias colecciones de periódicos y otras muchas cosas que habían pertenecido al inolvidable «Rudy» para poder ir poco a poco reuniendo lo que constituiría su ansiado museo. Pero en vista de lo poco que había adelantado, y máxime, del fracaso sufrido en la tierra del héroe donde apenas si sabían que éste llegó

a alcanzar una gran popularidad en la pantalla, decidió irse a América y anunció su viaje en la Prensa francesa. Se iría a Hollywood donde acaso encontraría lo que no había podido hallar en Europa. Además, según aseguró, tenía la certeza de encontrar allá valiosos recuerdos del desventurado artista que fué conquistado por la muerte en plena juventud. Ella sabía que allí estaba la casa que él había habitado, el cuarto donde se vestía y maquillaba, algunas de las ropas y alhajas que usó en vida y también que en el cementerio hollywoodense se hallaba enterrado.

¿No será Ivonne Renard una de las que con más insistencia han invocado su espíritu? ¿Tendrá ella algo que ver con que los restos del llorado Valentino hayan querido ser robados? Esto es lo que no puede asegurarse, aunque Ivonne Renard sea capaz de todo con tal de salirse con la suya.

Manuel P. de Somacarrera

Anuncie usted en
LA CALLE

HOY
ESTRENO en
TIVOLI

de este doble programa.
Una Selección ART-FILM

HIMATSCHAL

EL TRONO DE LOS DIOS

LA CALLE

Film de Samuel Goldwyn,
distribuido por los
ARTISTAS ASOCIADOS

Mundo Cinegrá- fico



James Gleason, Bill Boyd y Robert Amstrong, principales intérpretes de «La flota suicida», bella película de Exclusivas Cinnamon Film

Sylvia Sidney y William Collier (hijo), en una escena de «La Calle», interesante film de Los Artistas Asociados

PANTALLA DE ESTRENOS

TIVOLI

«Embajador sin cartera»

Es una producción Fox, cuyo argumento, aunque sencillo, se halla saturado de un sano humorismo que se trasmite fácilmente al espectador, haciéndole pasar un rato agradable.

«Embajador sin cartera» tiene algo de caricatura satiricopolítica; pero enmarcada en un ambiente elegante y, hasta si se quiere, fastuoso. El héroe de esta película es el saladísimo Willy Rogers, que imprime a su papel de embajador americano esa su gracia de hombre rudo, despreocupado y llanote que dijérase nació con él y es la que en realidad le hace merecedor de toda nuestra simpatía.

Crea, con plausible acierto, un tipo de embajador que desconoce las fórmulas protocolarias, aunque no las acreditativas de buen ganadero, y escena tras escena, logra al final, no sólo que se reconcilie la familia real de un país revolucionario, sino que también fracasen los planes de cierto príncipe ambicioso e intrigante que había destronado al rey. Antes, merced a su franqueza y habilidades, había logrado merecer la confianza y el aprecio del príncipe niño, que es salvado también por él cuando está a punto de matarle un revolucionario.

«Amargo idilio»

También lleva la marca Fox y como principales intérpretes figuran Charles Farrell y Madge Evans.

«Amargo idilio», como ya

Vea V. en
FÉMINA

a

DOUGLAS FAIRBANKS

con BEBE DANIELS
en el lujoso film

Para alcanzar
la luna

Film de los
ARTISTAS ASOCIADOS

su título indica, es el drama de dos seres que se aman; pero el destino se encarga de alejarlos uno del otro hasta que la comprensión y el cariño acendrado que se profesan vuelve a unirlos.

Aunque su argumento no está mal, tiene una parte poco comprensible, que, no obstante su hondo dramatismo y sus bien logrados efectos escénicos, la aleja un poco de la buena lógica. Me refiero a cuando el protagonista que se halla en la guerra, enrolado al cuerpo de aviación, mata al hermano de su novia sin saberlo y luego de volar sobre las líneas enemigas por espacio de cinco horas explica a aquélla lo sucedido, entrando en su casa por el balcón y sin ser visto por nadie. Como puede observarse, es mucha casualidad y un tanto absurdo el que por el hecho de amar ciegamente a una mujer llegue uno a sacrificar, no sólo la vida, sino también su prestigio de militar.

Así y todo, la película en sí es aceptable por su excelente factura, por sus bellos paisajes y por la justeza y emoción con que interpretan sus respectivos papeles el admirable Charles Farrell y la bellísima Madge Evans.

CAPITOL

«Hacia Siberia»

Emocionante film polonés, de la Kineton-Sfinsk, de Varsovia, distribuido por Sonoro-Films y estrenado con verdaderas muestras de agrado por parte del público.

«Hacia Siberia» es un drama de gran intensidad dramática, cuya acción se desarrolla en Rusia y bajo el régimen imperialista. La policía secreta, al servicio del zar Nicolás, actúa con su violencia característica y sólo al pronunciar el nombre de la «Ochra» todo ciudadano parece aterrarse.

Se conspira contra el tirano de Rusia. Estudiantes y obreros laboran calladamente

por la liberación de su pueblo. En una de sus reuniones clandestinas son sorprendidos por los de la «Ochra», intentando salvarse el estudiante «Semp», calificado de terrible revolucionario y a quien la policía hace tiempo persigue por haber atentado contra la vida del embajador del país. Se suceden algunas otras escenas emocionantes—paisajes nevados, la cruda belleza de sus estepas siberianas, caminar de presidiarios, silencio que llega hasta lo hondo de los deportados—y vemos al fin que «Semp» es detenido por la policía, que no obstante los tormentos a que son sometidos él y su novia, la sublime «Irena», ignora la verdadera personalidad del detenido.

«Irena» es puesta en libertad y su novio es conducido a Siberia. Se hace un alto en la marcha. Mientras celebran alegremente la Navidad soldados y prisioneros, logra «Semp» evadirse de la prisión. Para ello «Irena», que le ha seguido en una «troika», logra sobornar a un revolucionario que vive en aquel lugar y a cambio de unos billetes le facilita la huida, escondiendo una pequeña lima de pelo en uno de los embutidos que ha llevado al preso para que celebre dicha festividad.

Burlando la vigilancia de sus guardianes, «Semp» consigue ponerse a salvo. Tras caminar por un bosque, llega al sitio donde sus salvadores le aguardan. Allí se hallan su amantísima «Irena», que le abraza emocionada, y la «troika» dispuesta para la huida. Y cuando los cosacos se dan cuenta de la desaparición del detenido, inician una violenta persecución a caballo que tiene como fondo los bellísimos paisajes que cubre la nieve de las estepas siberianas y el tiroteo insistente de los cosacos que a todo trance quieren dar alcance a los fugitivos. Hay un momento de gran emoción en que parece van a caer en sus manos; pero los perseguidos lanzan contra ellos unos

cohetes explosivos que los sepulta en la nieve.

Adam Brodzisz, imprime gran verismo y emoción a su papel de «Semp» como asimismo Jadwiga Smosaska está admirablemente en el suyo.

CATALUÑA

«La flota suicida»

Tiene como principales personajes a William Boyd, Robert Armstrong, James Cresson y Ginger Rogers. Es una producción P. D. D. exclusiva de Cinnamond Film y en la que se pone de manifiesto las maniobras de los submarinos durante la Gran Guerra. El combate naval librado por la escuadra norteamericana contra los submarinos alemanes es algo bellamente emocionante. Además la «flota suicida» abunda en episodios fuertemente pintorescos e interesantes que se apartan de la parte espectacular, aunque en general lo más interesante de la cinta sea precisamente eso.

Muy bien captadas por la cámara todas las escenas que se desarrollan en el mar como asimismo los efectos de luz que dan a toda la producción, ese verismo y esa sensación de algo que no vive «dentro de los estudios» y el aire libre, haciéndose más bello y emotivo por la misma fuerza de expresión que le presta la Naturaleza.

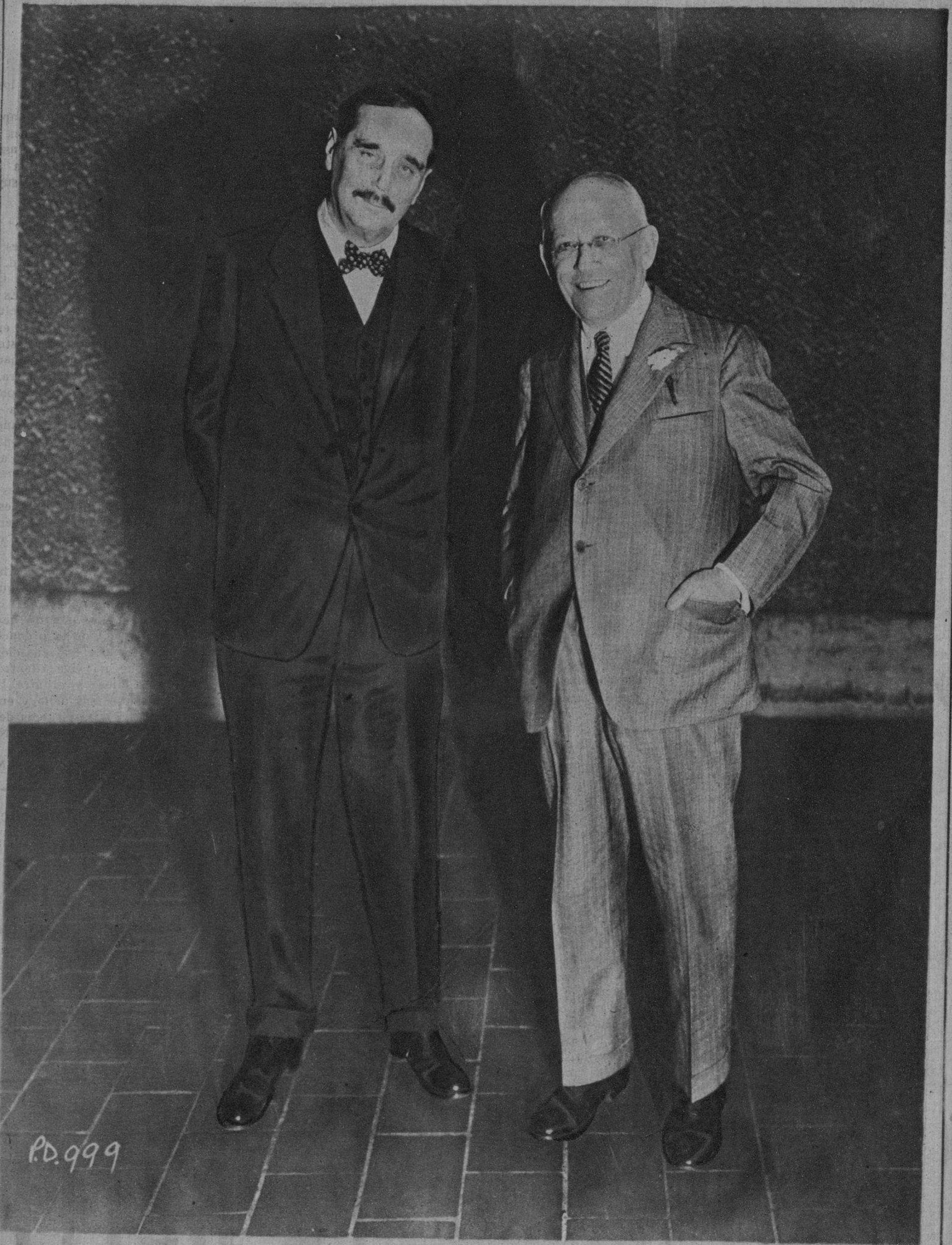
SENY

La Correspondencia
administrativa dirijase
al administrador de
LA CALLE
Plaza de Cataluña número 9, 2.º, 2.ª
Barcelona

LOS POLVOS ESTOMACALES
DEL JESUITA
CURAN
las enfermedades del Estómago

INSERTE
USTED SUS
ANUNCIOS
EN

LA CALLE



P.D. 999

El presidente de la Universal, don Carlos Laemle (a la derecha), acompañado del célebre novelista inglés H. G. Wells, a su llegada a Nueva York